



La niñera

del
Sr. Nevak

Charlize Clarke

La niñera del Sr. Novak

Charlize Clarke

Copyright © 2024 Charlize Clarke

©Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

La niñera del Sr. Novak - Marzo 2024.

Diseño de portada y Diagramación: Bitácora Cover.

*Para aquellos que han amado, perdido y vuelto a amar;
Para las almas valientes que se entregan al juego del amor con corazones abiertos;
Y para ti, lector, que encuentras en estas páginas el eco de tus propias pasiones.
Que cada palabra te acerque más al amor verdadero que mereces.
Con cariño,
Charlize Clarke*

“La ausencia de quien amamos es peor que la muerte y frustra la esperanza más severamente que la desesperación”

William Cowper

Sinopsis

La niñera del Sr. Novak

A un año de graduarse, la familia de Julie lo pierde todo. Temiendo quedarse en la calle, la chica acepta una generosa, pero sospechosa oferta de trabajo. Enzo Novak busca una niñera para su hija tras enviudar repentinamente. Pero Julie lo conoce mejor, sabe que la fachada de perfección que proyecta no es más que un engaño para ingenuos. Lo peor que puede hacer es ceder ante sus encantos, así que jamás lo hará. ¿O sí?

Capítulo 1

El reloj marcaba las ocho en punto y la mesa estaba servida. Julie y su madre entraron al comedor y tomaron sus lugares. Les resultó extraño que el señor Mendoza, esté atrasado. Él nunca llegaba tarde a la cena. Era el único momento en que podían fingir ser una familia feliz.

En realidad, no hablaban de nada importante cuando estaban juntos. Su madre platicaba de moda o de sus actividades sociales, su padre del trabajo. Era como una conversación de sordos, cada uno llevaba la charla hacia el tema que le interesaba. Nadie escuchaba a nadie. A Julie le resultaba frustrante la mayor parte del tiempo, sin embargo, amaba a sus padres con toda su alma, y ellos, a su manera, también la querían.

Julie siempre creyó que mantener el horario de la cena en familia era solo para que sus padres sientan que no lo estaban haciendo tan mal. Sin embargo, esa noche su padre no llegó, en su lugar recibieron la visita del abogado que, al principio no les resultó rara, pues hacía tiempo que visitaba con regularidad al señor Mendoza. George Slim, además de ser el abogado de la empresa y la familia, también era el mejor amigo de Oliver Mendoza, y solía llegar después de la cena, los hombres se encerraban en el estudio hasta altas horas de la noche, los últimos dos días habían amanecido trabajando.

El señor Mendoza estuvo despistado el último mes durante la cena. Se lo veía preocupado, pero como nunca pidió ayuda y cuando se le ofrecía no aceptaba, se habían acostumbrado a no preguntar nada. Era un hombre autosuficiente, la vida lo obligó a serlo, sabía esconder muy bien sus sentimientos. Cuando su mujer le recriminaba su malhumor, se disculpaba y echaba la culpa al trabajo o a un mal negocio, aunque jamás ahondó mucho en los asuntos de la empresa.

—Buenas noches, George —saludó Victoria y añadió—: Oliver aún no ha llegado.

George Slim desvió la vista hacia Julie arrugando el gesto, se aclaró la garganta y con las manos temblorosas se acomodó las gafas antes de decir:

—Victoria, Julie, no tengo buenas noticias, he decidido venir inmediatamente...

—¿Qué pasó, George? Deja de dar tantas vueltas y habla —ordenó Victoria y se puso de pie.

—Oliver no llegará, Victoria, lo siento tanto Julie, no saben cuánto lo siento...

—¿Le sucedió algo? ¿Se accidentó? —indagó Julie incorporándose.

—Se desplomó durante la última junta, llamamos a urgencias, pero no pudieron hacer nada... —sollozó George.

—¡¿Qué?!, no puede ser verdad. ¿Dónde está? Quiero verlo —dijo Victoria, volvió a sentarse y estiró ambas manos hacia su hija que con rapidez se acercó para cogerlas entre las suyas.

Las mujeres empalidecieron, fue como recibir un balde de agua helada. De un momento a otro

su perfecto mundo empezó a tambalearse como un castillo de naipes, y este era apenas el inicio de una larga lucha, en especial para Julie.

—¿Escuchaste, Julie? —tartamudeó Victoria—. Hija...

—Sí, mamá, lo escuché... lo escuché —murmuró entre lágrimas la joven—, tiene que ser una equivocación, no puede ser verdad, George, dinos que no es verdad... —Julie se arrodilló junto a su madre y la abrazó mientras contenía el llanto.

—Mi querido Oliver, no puede ser, llévame junto a él —suplicó levantando la vista, fijándose en el hombre que no sabía cómo consolarlas.

—Deja que yo arregle todo, Victoria, me encargaré de organizar el velorio y sepelio...

—Igual queremos verlo, George —dijo Julie, se puso de pie y ayudó a su madre para que también se incorpore.

El ama de llaves entró al salón comedor, también estaba compungida por la terrible noticia, en sus manos traía los abrigos de las mujeres.

—Gracias, Clara —dijo Julie y cogió el abrigo de su madre, la ayudó a colocárselo y se puso el suyo.

—Thomas las espera en la puerta principal, ya tiene sus bolsos —informó Clara y agachó la cabeza apenada, tenía la mirada vidriosa.

Julie rodeó a su madre por los hombros y se marcharon sin despedirse, no podían hablar, estaban sorprendidas y tristes. El único sonido que hacía eco en la gran mansión de los Mendoza era el sollozo apagado de las mujeres.

Thomas, el chofer, corrió a abrir la puerta de atrás del vehículo y las ayudó a subir, dejó los bolsos en el asiento junto a Julie y con rapidez rodeó el coche para llevarlas al hospital. George le indicó la dirección antes de seguirlos en su propio coche.

Al llegar al hospital los guiaron hasta la morgue. En el pasillo frente a la puerta estaba un hombre joven, tenía la cabeza agachada y las manos cruzadas en la espalda.

—Él es el señor Enzo Novak, el nuevo accionista... —murmuró George que caminaba junto a las mujeres.

Antes de que termine de hablar el hombre se acercó. Era alto y elegante, vestido con un traje azul marino que resaltaba el color de sus ojos. Tenía una barba bien recortada y unas facciones aristocráticas.

—Mis más sentidos pésames, señora y señorita Mendoza —dijo y estiró la mano hacia Victoria.

La mujer no lo miró ni aceptó el saludo.

Con nerviosismo él se pasó una mano por su negra y perfecta cabellera.

—Gracias, señor Novak —musitó Julie mirándolo a los ojos, pero tampoco intentó coger su mano.

—¿Podemos entrar? —indagó Victoria antes de enjugar las lágrimas con un pañuelo.

—Las están esperando —informó Enzo y les abrió la puerta.

Julie y Victoria caminaron hacia la entrada, pero antes de ingresar, la mujer mayor pidió a los hombres que las dejaran solas. Entraron y la puerta se cerró detrás de ellas. El lugar estaba iluminado por grandes fluorescentes blancos, en el centro de la habitación bajo una potente luz se encontraba el señor Mendoza, sobre una fría camilla de acero inoxidable, cubierto con una fina sábana blanca. El olor a formol y desinfectante inundaba el lugar. El forense descubrió el rostro del hombre, que parecía estar tomando una siesta, hasta daba la impresión de que estaba sonriendo.

—Mi querido y buen Oliver —exclamó la mujer al verlo—. Juraste que nunca me abandonarías. —Se inclinó, besó su frente y acarició su rostro antes de colocar su mejilla sobre el pecho del hombre que yacía inerte—. ¡No sé qué haré sin ti, mi compañero, mi amigo!

Soltó el llanto y se asió con fuerza al cuerpo del señor Mendoza. Julie la cogió de los hombros e intentó separarla de él, pero fue imposible.

—Mamá... —La garganta le dolía de aguantar las ganas de llorar. Sentía que debía ser fuerte para su madre. Sorbió por la nariz y suspiró—. Mamita, tenemos que irnos, dejemos que George se encargue...

—No puedo dejarlo aquí solo... —Abrazó a Julie sin dejar de lamentarse.

El médico forense volvió a cubrir el cuerpo con la blanca sábana y dijo:

—Tengo que terminar la inspección y redactar el informe para que puedan disponer del cuerpo del señor Mendoza.

—Vamos, mamá, esperaremos afuera —la invitó con voz suave Julie.

Estaba haciendo su mayor esfuerzo por mantener la calma, aunque por dentro estaba destrozada.

En el preciso momento en que abandonaron aquella gélida sala del hospital, Julie supo que ya nada sería igual. Que su vida, así como la había vivido hasta ese momento había terminado. Su protector, su pilar, se fue para siempre. Su madre era una mujer débil que dependía en casi todos los aspectos de su padre. Ahora, tendría que ser ella la que la sostuviera.

Capítulo 2

Habían pasado un par de semanas desde el funeral y a pesar de que la primavera estaba a nada de comenzar el clima era frío y llovía con bastante regularidad. Julie decidió ir a dar un paseo. No se acostumbraba a la idea de que su padre ya no estaría. Su madre estaba tan deprimida que no salía de su habitación. Se acomodó el abrigo y la gorra al sentir la brisa fresca. Recorrió con lentitud el estrecho sendero que conducía al invernadero, su lugar preferido, ya que podía estar sola y pensar. Pero, antes de llegar escuchó el motor de un vehículo. Se quedó a mitad de camino y aguzó el oído, la grava crujía bajo las llantas de la lujosa camioneta del abogado.

No tenía ganas de hablar con nadie, pero sabía que su madre estaba mucho peor, por lo que tuvo que volver sobre sus pasos. Fue directa a la entrada principal para recibir a George Slim que, justo en ese momento, caminaba con prisa hacia la puerta de entrada.

—Julie, querida, que suerte que te encuentro primero a ti. Sé que tu madre no tiene cabeza para hablar de temas legales, pero es urgente que te explique ciertos asuntos, prefiero ser yo quien les informe.

La puerta se abrió y una solemne Clara los saludó:

—Buenas tardes, señor Slim.

—Señora Brown —respondió George y sonrió en dirección a la mujer.

—Clara, puedes llevarnos café al estudio —dijo Julie mientras se quitaba la gorra de lana y la dejaba sobre la mesa en el recibidor.

Clara Brow trabajaba para los Mendoza desde hacía más de dos décadas. Era una mujer baja y delgada, con el cabello canoso que siempre lo llevaba recogido en un rodete bajo. Tenía un cariño especial a Victoria y una lealtad inquebrantable hacia el finado señor Mendoza. A Julie la cuidó como a una hija, muchas veces la muchacha la sintió más cercana que su propia mamá, que siempre estuvo ocupada en sus actividades sociales. Julie no podía decir que fue una mala madre, simplemente sentía que nunca fue prioridad en la vida de la ahora viuda Mendoza.

Victoria había estado llorando la pérdida de su marido, distanciándose de todos, pero era Julie la que más sufría su alejamiento, aunque encontraba consuelo en la vieja Clara, que como siempre la sostuvo entre sus brazos para que la muchacha llorase a su padre.

George y Julie entraron a la oficina, ella miró el escritorio de su padre y sintió una repentina punzada en el pecho. El lugar olía a madera y tabaco, antes le molestaba ese olor, odiaba que su padre fume, pero ahora ese aroma produjo que ella lo sienta ahí, como si en cualquier momento estuviese por entrar. Sacudió la cabeza y decidió sentarse en el sofá frente a la gran chimenea.

—Yo también lo extraño —dijo George, y tomó asiento en el sillón frente a Julie.

—¿Qué es más grave que el haber perdido a mi padre? —indagó Julie acomodando sus manos

sobre sus rodillas y mirando a los ojos del hombre.

—Siento volver a ser el portador de malas noticias, Julie. —Se inclinó hacia adelante colocando los antebrazos sobre las piernas, entrelazó los dedos y hundió la cabeza entre sus hombros.

Hasta hizo que Julie sintiera pena por él. Era un hombre que rozaba los sesenta, aunque tenía el aspecto de alguien de cincuenta, hacía apenas un año que se casó con su tercera esposa, una mujer quince años menor que él. Siempre se cuidó, hacía deportes y se teñía el cabello de un rubio ceniza muy parecido al que lucía en su juventud. Sus ojos azules transmitían confianza y severidad, por lo que verlo de aquella manera sorprendió a Julie.

Se quedaron en silencio por unos minutos hasta que un golpe en la puerta los sobresaltó.

—¡Adelante! —dijo Julie.

Clara entró y dejó los cafés sobre la mesita frente a ellos.

—¿Algo más? —preguntó con amabilidad.

—Gracias, eso es todo, Clara.

Julie y George siguieron con la mirada al ama de llaves y cuando la puerta se cerró tras ella el abogado comenzó a hablar.

—Julie, los negocios de tu padre no estaban pasando por una buena racha —carraspeó antes de continuar—. El señor Enzo Novak inyectó un poco de capital, pero no fue suficiente, por lo que, a cambio de salvar el trasero de tu padre, compró la mayoría de las acciones del conglomerado. Mantuvo a tu padre en el puesto de asesor, más que nada por compasión. No entenderías los temas técnicos...

—Aunque no lo creas, George, no soy tonta, si me explicas, estoy segura de que comprenderé, solo me falta un año para acceder a las prácticas, estudié negocios para poder ayudar a mi padre, aunque él, así como tú, siempre me consideró una incompetente.

—Tu padre no pensaba eso de ti, Julie, él te quería más que a nada en este mundo, tu madre y tú eran todo para Oliver, los últimos meses fueron terribles, sintió que había fallado como esposo y padre, estaba haciendo lo posible por no perder el sacrificio de toda una vida.

—Ve al punto, George, ya nada de eso importa, no tuve la oportunidad de demostrar mi valía y, al parecer, jamás podré.

—Creí que iba a poder salvar la casa, pero el banco la ha embargado.

—¿Cómo puede ser posible, George?

—Una mala inversión, empresas subsidiarias en el extranjero que tuvieron graves problemas financieros, deudas al fisco...

—¿Y mi fideicomiso?

—Ya no existe, Julie, tampoco el seguro de vida de Oliver y parte de la compañía está en manos de Novak.

—¿Por qué escondió todo esto de nosotras?

—No quería que se preocupen, estaba trabajando en un plan para recuperar algo de su patrimonio. —Sacudió la cabeza negando y se acomodó en el sillón—. Los últimos meses fueron intensos.

—¿Qué se supone que haremos? —espetó con rabia Julie.

—Voy a ayudarlas, deberás conseguir un empleo mientras terminas la carrera...

—Yo soy joven y podré salir adelante, pero mi mamá nunca se acostumbrará, esto terminará con ella.

—Juré a Oliver que no la dejaría sola, que si le pasaba algo a él, me haría cargo de Victoria, claro que no podré hacerlo indefinidamente...

—¿Cuándo debemos irnos?

—Tienen una semana para buscar un lugar donde vivir, tengo un departamento, no es muy grande, pero es suficiente para dos personas.

—Gracias, George, creo que aceptaremos tu ayuda.

—¿Quieres que yo hable con tu madre? —indagó el abogado.

—Prefiero hacerlo yo, no ha querido salir de su habitación, vinieron sus amigas a visitarla y no las recibió, es mi deber como hija informarle, pero te agradezco.

—Cuando tú me avises envío a un chófer por ustedes —exhaló ruidosamente mientras se quitaba las gafas y apretó el puente de la nariz cerrando los ojos—, mañana vendré a hablar con los del servicio, Clara puede ir con ustedes, yo voy a encargarme de pagar su salario.

—Voy a dejar los estudios hasta que nos acomodemos y consiga un empleo —dijo Julie y clavó la vista en las tazas de café que se habían enfriado.

—Eres una chica inteligente, pronto te estabilizarás. Muchas personas que me deben favores, y a tu padre también, puedo golpear puertas y conseguirte un trabajo —ofreció George y sonrió con tristeza antes de volver a colocarse las gafas—. Ahora tengo que irme, pero estoy a una llamada de distancia, no dudes en marcarme si tú o Victoria necesitan algo.

—Mañana hablaré con mi madre, cuanto antes demos este paso, mejor —dijo Julie y se puso de pie.

George la imitó y juntos caminaron hasta la puerta de salida.

—No tengas pena, Julie, todo lo que pueda hacer por ustedes, lo que necesiten, solo llámame y estaré aquí, me siento un poco responsable de todo esto que, aunque no creas, también me ha afectado.

Envolvió a Julie en un cálido y protector abrazo, ella le regresó el gesto. Eso la hizo sentir que no estaría sola, que alguien la ayudaría a sobrellevar la gran carga que sentía sobre sus hombros y le apretaba el pecho. Nunca antes tuvo tanto miedo como en ese momento, donde su futuro era incierto y, al parecer, difícil.

Capítulo 3

El edificio de apartamentos no era pequeño (sí para lo que estaban acostumbradas Julie y Victoria), pero no le faltaba nada. Su madre aceptó todo con tanta tranquilidad que asustaba, sin embargo, seguía sin hablar. Clara y Julie tuvieron que acomodar todo en su nuevo hogar, mientras la viuda volvió a encerrarse en la habitación.

Eran más de las diez de la noche cuando el ama de llaves y la joven Mendoza, después de intentar hacer que Victoria coma algo, se despidieron para descansar. Julie daba vueltas en la cama. Estaba incómoda, nada de lo que ahí había era suyo, y no pudo traer mucho de la mansión, apenas sus objetos particulares: ropa, joyas, algún que otro adorno y cuadros que reposaban en suelo a la espera de ser ubicados en algún lugar, pero ella no sentía a este lugar como suyo, no estaba dispuesta a dedicarle tiempo y cariño para darle un toque personal.

Se quedó dormida pero su sueño fue intranquilo. Al otro día se despertó y tardó un rato en reconocer la habitación. Le iba a costar acostumbrarse. Pensó que tal vez no era mala idea acomodar el cuarto, colgar los cuadros, decorarlo con sus objetos, darle vida y color a ese espacio gris sin carácter.

Con ese pensamiento se levantó y, mientras se cepillaba los dientes, el ruido del timbre sorprendió a Julie. Pensando en que se trataba de George Slim, que había prometido visitarlas, hizo que la joven se diera prisa en peinarse, ponerse un poco de maquillaje y vestirse. El abogado también le había dicho que le traería el nombre y dirección de algunos posibles empleadores.

Ella ya había enviado una carta a la universidad explicando su actual situación y solicitó un año sabático. El decano y el rector habían conocido a su padre. Ella había sido, hasta ese momento, una buena alumna. No era brillante, pero era responsable y tenía buen promedio, por lo que inmediatamente accedieron a su pedido. Eso la tranquilizó, pues le daba tiempo para explorar su nuevo mundo, trabajar y ganar algo de dinero.

Al llegar al salón principal observó que estaban George, su madre y Janeth Moore, su abuela materna. La última la miró con desdén. Era una mujer soberbia, acartonada, dueña de una gran fortuna, pero se había alejado de su hija cuando ésta decidió unir su vida a un latino que, según ella, era desclasado. Nunca intentó conocer a Julie, y con su actitud demostró que para ella nada había cambiado.

—Buenos días —saludó Julie.

—Julie, te ves hermosa esta mañana —dijo George, y se puso de pie.

La joven se acercó a él, lo abrazó y besó sus mejillas con cariño y murmuró:

—Me siento muy bien.

Mentía. Desde que vio a su abuela se le hizo un nudo en el estómago. Su presencia y la forma

en la que la observaba, como si la estuviese evaluando, la perturbaba.

—Hija, ella es mi madre, tu abuela...

—Victoria, no necesito que nadie me presente, además, seguro que la muchacha me conoce, todos lo hacen —dijo la mujer, y se puso de pie.

Caminó hasta Julie mirándola con una ceja levantada, apretando sus labios. Era alta, delgada, con el cabello teñido en un rubio casi blanco, vestía un traje negro de diseñador y olía a perfume caro. Para su edad se veía muy bien.

—Hola...

—No se te ocurra decirme abuela, soy Janeth —interrumpió a Julie—. Eres idéntica a Oliver, no has heredado ni un gen de los Moore, es fuerte la sangre latina.

Julie intentó descifrar si lo que le acababan de decir era bueno o malo, conociendo los antecedentes de la no relación entre su abuela y su familia, se inclinó por pensar que en sus palabras había cizaña y resentimiento. Además, era verdad, ella había heredado los marcados rasgos de los Mendoza: cabellera oscura, ojos grandes de color avellana, piel aceitunada. Era todo lo contrario a su madre, que se parecía mucho a la mujer que estaba parada frente a ella.

—Deberías levantarte más temprano, jovencita —comentó, y sonrió de lado—. Mi oferta está hecha, Victoria, si aceptas te comunicas con mi asistente.

La madre de Julie miró una tarjeta personal que tenía entre las manos y se quedó muy quieta, no respondió, ni tampoco se despidió. Al instante comenzó a llorar en silencio y negaba con la cabeza.

—Janeth, nosotros nos comunicaremos cuando Victoria tenga una respuesta —dijo George, y estiró la mano para despedirse de la mujer.

—Ella no necesita intermediarios, que por una vez en su vida haga algo por su cuenta, conmigo no le faltará nada, y atendiendo a que no sabe valerse por ella misma...

—Yo misma te llamaré, mamá, no te preocupes —murmuró Victoria, y se fue.

—Bueno, he cumplido —dijo la mujer, y se marchó sin despedirse de George y Julie.

Clara entró al salón para avisar que el desayuno estaba listo.

—Voy a acompañarte, tengo una lista de empresas, he hablado con los gerentes, solo debes preparar una hoja de vida y presentarte en recursos humanos, les dices que vas de mi parte y te recibirán —comentó George mientras se dirigían al comedor.

—¿A qué vino esa mujer? Ni siquiera fue capaz de asistir al funeral de mi padre —masculló Julie mientras se sentaba a la mesa.

—Ella quiere que tu madre vaya a vivir con ella —respondió el abogado apenado.

—Pero no me quiere a mí, ¿verdad? —dijo Julie, mientras untaba una tostada con mermelada.

—Janeth es una mujer orgullosa, debes darle tiempo para que te conozca, estoy seguro de que con el tiempo te amaré como todos lo hacemos —George intentó justificar la mala actitud de la señora Moore.

—George, ella tuvo mucho tiempo para conocerme y no quiso hacerlo, la verdad es que yo no siento nada por ella, ni siquiera me molesta la manera tan despectiva en que me ha tratado, además, hoy es el inicio del resto de mi vida. —Sonrió antes de beber el café que Clara le sirvió.

—Me hace feliz que estés entusiasmada, Julie —dijo Clara, acariciando el hombro de la joven.

—Estuve pensando en algo que me decía mi padre cuando tenía problemas: si lo puedes solucionar, para qué te preocupas, y si no lo puedes solucionar, para qué te preocupas. Él siempre dijo que debemos ocuparnos de los problemas, no preocuparnos, entonces me ocuparé. Al final, no está todo perdido, hay personas que están en situaciones peores, yo los tengo a ustedes, estoy sana, soy joven...

—Esa es la actitud, Julie. Tu abuela tiene razón, eres muy parecida a tu padre, una versión mejorada de Oliver Mendoza, una bonita y agradable —bromeó George, mientras acariciaba las manos de la muchacha.

—Es mi madre la que me preocupa, ella no está preparada para pasar necesidades, creo que debería aceptar la invitación de Janeth. Podríamos tomarlo como que me independicé, nos veríamos los fines de semana o días festivos, como cualquier hijo de vecino que fue a la universidad lejos de casa.

—Es algo que tu madre debe decidir, pero podrías hablar con ella, tal vez no haya aceptado la propuesta porque no quiere dejarte sola, no es fácil perder al amor de tu vida y luego alejarte de tu hija —dijo George, y se acomodó las gafas.

—Hablaré con ella luego, primero iré a prepararme para ir a repartir mis curriculum, no tengo nada de experiencia, es eso lo que me da miedo —comentó apenada, y suspiró.

—Vas a comenzar desde abajo, deberás pagar el derecho a piso, pero eres brillante, Julie, irás aprendiendo y te ganarás tu lugar —expresó Clara, y la abrazó.

—Tengo que ir a trabajar, pero aquí te dejo la lista con las direcciones y los nombres de las personas con las que tienes que hablar, ¿quieres que te envíe un chófer? —George deslizó una archivadora hacia Julie.

—Voy a ir en metro, tengo que acostumbrarme. —Julie cogió la carpeta rechazando el ofrecimiento del hombre.

Su primera experiencia en el transporte público no fue tan desagradable. Recorrió todo el centro empresarial de Nueva York, pero solo recibió la típica frase de los de recursos humanos:

“Nosotros nos comunicaremos contigo”. Algunos fueron agradables, otros no tanto, pero todavía tenía más lugares a donde ir y no se rendiría tan pronto, apenas fue el primer día.

De regreso a casa, en el metro, un hombre sentado frente a ella leía el periódico, un titular llamó la atención de Julie “Las superniñeras, símbolo de estatus”, aguzó la vista y se inclinó un poco hacia el frente para poder leer. Lo que más llamó su atención fue el sueldo y que vivían totalmente gratis en una mansión. Aunque, muy pronto se desilusionó, no tenía experiencia cuidando niños, puede que, gracias a su formación, cumplía muchos de los requisitos: sabía conducir, estudió artes marciales, hablaba más de tres idiomas, sabía esquiar y cabalgar, entre otras cosas, pero nada de eso era relevante, ya que jamás convivió con un niño.

El hombre se dio cuenta del interés que Julie estaba poniendo a lo que leía, por lo que antes de bajar le regaló el periódico. Ella se disculpó y él le regaló una agradable sonrisa.

Enzo llegó exhausto, pero en casa le esperaba su pequeña que, hacía ya un par de noches no dormía muy bien. El hombre tenía que traerla a su cama porque era la única manera de calmarla, la última niñera renunció y Harriet, su tía abuela, ya no tenía edad para desvelarse. Podía pedir a alguien del servicio que lo ayude, y muchas veces la mucama se ofreció a cuidar de la niña mientras encontraban un reemplazo para la nanny, pero él no quería aprovecharse de sus empleados, además, quería cubrir todas las necesidades emocionales de Phoebe.

Capítulo 4

Enzo se frotó los ojos cansados y volvió a mirar la pantalla de su computadora, pero las letras continuaban siendo un borrón ininteligible. Pulsó el botón del comunicador que lo ponía en contacto con su secretaria.

—¿Puedes traerme otro café, Ashley? Bien cargado, por favor —dijo.

—Sí, señor Novak —respondió ella de inmediato.

Enzo suspiró y echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo de su silla. Estaban siendo unos días duros. La muerte repentina de Mendoza lo había obligado a echar demasiadas horas extra, y las noches en casa no le dejaban descansar mucho a causa de los terrores nocturnos de la pequeña Phoebe.

—Es una fase, ya se le pasará. Tú también la tuviste a su edad —le decía su tía abuela, Harriet, cuando expresó su preocupación por la niña.

Pero Enzo no podía evitarlo. Preocuparse por su hija era un rasgo más de su personalidad llegados a este punto. Había tenido la suerte de que el primer año de Phoebe había sido relativamente tranquilo, salvo un par de resfriados sin importancia. El saber que ahora estaba sufriendo lo atormentaba, aunque tanto Harriet como los pediatras a los que había acudido le dijeran que era algo totalmente normal en el desarrollo de un niño sano.

Un rato después, Ashley entró en su despacho y le dejó un café humeante sobre la mesa. Enzo le sonrió con afabilidad y le dio las gracias.

—¿Necesita algo más? —preguntó la mujer—. Parece algo cansado, señor Novak.

Enzo no sabía si avergonzarse de que su malestar fuera tan evidente.

—Unos días complicados en casa, Ashley, no tienes de qué preocuparte —le restó importancia.

—¿Todo bien en casa con la pequeña Phoebe?

—Lo normal a esa edad, ya sabes. —Ashley tenía tres hijos propios, así que conocía mejor que nadie lo caótico que podía ser un bebé de poco más de un año. De alguna forma, eso animó a Enzo a abrirse un poco más sobre sus preocupaciones—. Tiene pesadillas que la despiertan por la noche. Y a toda la casa, ya que estamos.

Ashley asintió, comprensiva.

—Mi hijo mayor pasó por lo mismo. A él le ayudaba que le leyera un cuento y durmiera un ratito a su lado. Quizá la señorita Addams pueda probar si funciona con ella.

Enzo hizo una mueca al recordar a la niñera.

—Me temo que la señorita Addams renunció hace un par de semanas. Mi tía y ella tuvieron unos... desacuerdos. Hasta que no encuentre una sustituta, me toca a mí atender llantos de madrugada. —Harriet había insistido en hacerlo ella, pero Enzo se negó.

La anciana ya hacía bastante ocupándose de la pequeña mientras él estaba en el trabajo. Aunque, con sus casi ochenta años, su tía abuela se mantenía en buena forma, no quería abusar de su amabilidad.

—Lo lamento mucho, señor Novak. Espero que se solucione pronto —dijo Ashley—. Por cierto, su cita de las once lo está esperando abajo.

Enzo se pellizcó el puente de la nariz. El trabajo no le daba tregua.

—Dile que pase, por favor.

La mujer asintió y salió del despacho. Poco después, la puerta volvió a abrirse y por ella entró George Slim, el abogado del señor Mendoza.

—Buenos días, señor Novak —lo saludó el hombre, ajustándose sus gafas con gesto nervioso. Era un hombre muy distinto de Mendoza, cuya presencia y ambición llenaban cualquier habitación en la que se encontrara. Slim tenía ese aire de académico despistado pero de buen corazón que de inmediato inspiraba confianza en Enzo.

—Siéntese, señor Slim, por favor. —Señaló con la mano las sillas que había frente a su escritorio.

El abogado tomó asiento, no sin antes dejar frente a él una carpeta de manila.

—Es el presupuesto del funeral de Mendoza. Me dijo que lo dejara en el mostrador, pero he preferido traerlo en persona.

Enzo asintió y abrió la carpeta. Leyó atentamente el documento que había elaborado la funeraria y firmó para dar el consentimiento de que se cobrara a su cuenta personal. Podría haberlo incluido en los gastos de la empresa, como era costumbre hacer en casos así, pero dada la situación con Mendoza no le había parecido correcto.

Cerró la carpeta y se la devolvió al abogado.

—Aquí tiene, señor Slim. —Dejó la pluma a un lado y apoyó las manos entrelazadas sobre el escritorio—. Dígame, ¿cómo se encuentra la familia?

George se movió incómodo en su silla.

—Siendo sincero, no muy bien. Mendoza no las dejó en una buena situación. Estoy negociando sobre el embargo de la casa para tratar de que ellas obtengan algo de la venta, pero no estoy seguro de que llegue a nada. La señora Mendoza se irá a vivir con su madre hasta que

encuentre algo mejor. La señorita Mendoza es otro cantar.

Enzo enarcó una ceja.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, la señora Moore es una mujer, si me permite decirlo, desagradable. No quiere saber nada de su nieta porque nunca aceptó el matrimonio de su hija con Mendoza por... creencias personales.

—¿Moore? ¿Habla de Janeth Moore?

El abogado asintió y muchas cosas cobraron sentido para Enzo. Conocía a Janeth del círculo social de Nueva York. Era una reliquia de las viejas fortunas, una arpía de hielo inaccesible. Harriet había tenido la mala suerte de conocer en profundidad hasta dónde llegaba su maldad cuando eran jóvenes.

—Parece que las desgracias nunca vienen solas —comentó Enzo, más para sí mismo que para el abogado.

—Espero que todo mejore pronto para la señorita Mendoza. Es una buena chica y se está adaptando bastante bien a su situación, dadas las circunstancias. Lleva días pateándose la ciudad buscando un trabajo para mantenerse a ella misma y a su madre.

Enzo jugueteó con sus pulgares.

—Si me envía su currículum, la tendré en cuenta para un puesto en la empresa. Ahora mismo no tenemos vacantes, pero será la primera de la lista si sale algo. Es lo mínimo que puedo hacer.

George asintió, agradecido.

—Se lo enviaré yo mismo, señor Novak. Es una chica muy lista. Aunque no haya podido terminar sus estudios, no me cabe duda de que desempeñará bien cualquier trabajo que pueda ofrecerle. Lo único que le pido es que no comente lo de Oliver con ella, ya perdió a su padre y ha quedado en la calle, por lo menos que le quede un buen recuerdo.

Enzo miró a su derecha, donde reposaba la taza de café ya casi frío, y una idea acudió a su mente. Había encontrado la solución, al menos temporal, a los problemas de ambos.

—Pensándolo mejor, señor Slim, tengo un puesto que necesito cubrir con cierta urgencia. Y no se preocupe, no voy a decirle nada a la muchacha.

Capítulo 5

Poco a poco, se fue dando cuenta de que ya no era aceptada por la élite de Nueva York. Los chismes corrían muy rápido en su círculo social. Sebastian, quien había sido su mejor amigo, y con el que estaba comenzando una relación sentimental desapareció. Ninguna de las que supuestamente eran amigas se había acercado a Julie, ni siquiera a darle los pésames, como si fuera portadora de alguna enfermedad contagiosa. Y puede que la pobreza fuera considerada por todas esas superficiales personas, un virus peligroso.

¿Se sentía triste por eso? No, pues sentía que ya no tenía nada en común con sus supuestas amigas. Pensaba en todo eso mientras regresaba a casa de su última entrevista, reunión que terminó siendo una decepción más. Le dolían los pies de tanto caminar, porque cuando terminó con la lista que le había proveído George Slim, compró un periódico y marcó varios avisos.

Desilusionada, agotada y triste, bajó del metro y se sumergió en la marea de personas que se empujaban por subir las escaleras para salir a la calle. Era una más del montón de gente que debía trabajar duro para vivir una existencia intrascendente. Horas y horas en una oficina o tras un mostrador para ganar una miseria que apenas les alcanzaba para sobrevivir. Se sentía atrapada en el limbo, un mundo que le resultaba extraño. Tal vez despertaría de esa pesadilla, aunque el fuerte dolor en los pies era muy real, por lo que sabía que nada de esto era mentira.

Habían pasado cuatro días desde que su abuela visitó a su madre. Sin ningún trabajo a la vista y considerando que ya estaba a punto de gastar el poco dinero que tenía, decidió hablar con Victoria para que aceptara la propuesta de Janeth. Sería lo mejor para las dos, dadas las circunstancias actuales.

Con lentitud caminó las cuerdas que la separaban del edificio de apartamentos, y cuando al fin llegó, antes de entrar se quitó los zapatos. Tenía los talones en carne viva. Sintió un gran alivio al sentir el suelo frío bajo sus pies, movió los dedos libres de aquella ajustada prisión, suspiró y tocó el timbre.

—Julie, te ves fatal, voy a prepararte un té y te pondrás una pomada para curar esas heridas —dijo Clara, ayudándola a entrar. Cogió los zapatos y la cartera de la muchacha, dejándolos en el pequeño recibidor—. Ve a tomar una ducha tibia y ponte cómoda.

—Gracias, Clarita, estoy muerta, fue un día improductivo. —Se acomodó en el sofá y levantó los pies sobre la mesilla de centro—. Nadie quiere contratar a una jovencita sin experiencia, todos dicen lo mismo: nos comunicaremos contigo —se quejó Julie.

—Sé lo que se siente, pero no te desesperes, ya verás que encontrarás un buen empleo —la consoló Clara mientras se dirigía hacia la cocina.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó levantando la voz.

—En su cuarto, pero hoy vino la asistente de la señora Janeth y estuvieron hablando por un largo rato —comentó Clara al tiempo que ponía a calentar agua en la estufa.

—Tengo que hablar con ella. Creo que sería mejor que acepte el ofrecimiento de Janeth. Yo estaría más tranquila si lo hace. No podemos abusar de la buena predisposición de George, y lo poco que tenía ahorrado está a punto de acabarse. Si no aprendemos a vivir según nuestra nueva realidad nada será suficiente —dijo Julie, y se puso de pie.

—Para tu madre, aunque no lo creas, será difícil separarse de ti —repuso Clara al tiempo que

dejaba una taza sobre la mesa del comedor, y añadió—: Hice tus galletas favoritas, ve a bañarte para sacarte el cansancio y luego vienes para tomar el té.

Julie caminó hasta donde se encontraba Clara, la abrazó y besó su frente.

—¿Qué haría sin ti? Sabes que no estás obligada a quedarte con nosotras, yo ya no podré pagarte el sueldo —dijo sin soltarla.

—Ustedes son mi familia, Julie, y a la familia no se abandona. Además el señor George me dijo que se encargaría de mi salario por unos meses y también tengo mis ahorros, no te preocupes —expresó Clara mientras acariciaba la espalda de Julie.

—Te quiero, Clarita, y mucho.

—Yo también, Julie, más de lo que te imaginas.

Julie estaba bebiendo el té cuando el timbre sonó. Clara fue a abrir y regresó al comedor acompañada por George.

—Buenas tardes, Julie —saludó el abogado y tomó asiento frente a la joven.

—Hola, George, ¿quieres acompañarme con un té?

—Me encantaría, y también quiero de las deliciosas galletas que hizo Clara.

—No se diga más, ya le sirvo —dijo Clara y fue a la cocina.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó con interés el abogado.

—Mmm... —murmuró Julie.

—Ya veo, pero no te preocupes, tengo una propuesta para ti.

—¿De trabajo?

—Sí, solo que no es... —Se acomodó las gafas.

—Estás nervioso —dijo Julie.

—No, no lo estoy.

—Te acomodaste las gafas, lo haces cuando algo te inquieta —refutó Julie.

—Podrías trabajar interpretando el lenguaje no verbal de las personas —dijo George y sonrió.

—Creo que agregaré como una habilidad en mi hoja de vida —bromeó Julie—. Pero dime, de qué va el empleo.

—Aquí está su té y las galletas —informó Clara dejando todo sobre la mesa frente al señor Slim antes de retirarse.

—Es para ser asistente de crianza.

—¿Acaso es una forma elegante de decir niñera?

—Sé que suena a un eufemismo, pero sí, es para cuidar a una niña.

Julie lo consideró un momento. Ella había tenido niñeras cuando era pequeña, básicamente segundas madres de rostro amable que la llevaban a la escuela y al parque. Casi todas sus amigas (o examigas) habían tenido niñeras también. Sin embargo, ella en su vida se había ocupado de un niño. No tenía hermanos menores ni primos. Aquel mundo era totalmente ajeno.

—Es que yo no sé nada de eso —explicó—. Estoy luchando por cuidar de mí misma y no creo que sea capaz de atender a una personita. No, creo que...

—Considéralo, Julie. El sueldo es bueno, tendrás libres los fines de semana, solo tienes que atender que no se haga daño.

—¿De cuánto estamos hablando? —indagó Julie y dejó de comer. Recordó lo que había leído sobre las superniñeras.

—Sesenta mil al año. Aunque el empleador está dispuesto a negociar.

Julie colocó los codos sobre la mesa, acomodó sus mejillas entre los puños y arrugó el ceño al

tiempo que fruncía los labios.

—Es más de lo que ofrecen en todos los empleos a los que apliqué hasta ahora —dijo y se rascó el cuello.

—El señor Novak está desesperado, necesita con urgen...

La chica dio un brinco y miró con espanto al abogado, que dejó de hablar.

—¿Quieres que cuide a la hija del hombre que le dio la estocada final a mi padre? —exclamó.

George suspiró. Sus ojos cansados se mostraban comprensivos detrás de sus lentes.

—El señor Novak no hizo tal cosa, Julie. Él ayudó a Oliver...

—Tanto que le provocó la muerte —siseó Julie negando con la cabeza.

—Acepta el empleo. Cuando conozcas al hombre, sé que cambiarás la idea que tienes de él. No prejuzgues a las personas, Julie, eso no está bien.

Julie movió los pies y sus talones rozaron las patas de la silla, haciendo que volvieran a dolerle. Volvió a colocar los codos sobre la mesa y su rostro entre los puños, y observó al abogado mientras este se deleitaba con las galletas.

—Tienes que abrir una pastelería, Clara. Yo puedo ser tu socio inversor, tendría éxito —sugirió George con la boca llena.

—Está bien —dijo Julie.

El abogado dejó de masticar, sorprendido.

—¿Aceptas?

—Es lo que dije. ¿Cuándo debo empezar?

—Mañana mismo. Te daré la dirección del señor Novak y le avisaré de que irás mañana.

Capítulo 6

A las siete en punto, la hora que el señor Novak le había comunicado a través de George, Julie subió las escaleras de la casa adosada en Park Slope. Llevaba puesta una falda de lana y una rebeca de punto sobre una blusa, y el pelo se lo había recogido en una cola de caballo. No distaba mucho de como solía vestir normalmente, pero se paró a pensar que parecía una pobre imitación del estereotipo de niñera recatada. Lamentó haberse dado cuenta cuando estaba a punto de tocar el timbre y no antes de salir de casa.

—Vamos, Julie —murmuró—. Puedes hacerlo.

Respiró hondo y apretó el botón. Unos segundos después la puerta se abrió y una anciana la observó desde el umbral.

—Buenos días —saludó Julie, procurando que su sonrisa no flaqueara—. Soy Julie Mendoza. El señor Novak me está esperando.

La anciana siguió mirándola fijamente. Tenía los ojos de un color gris acerado y el pelo blanco le caía suelto por los hombros. Debía rondar los setenta y cinco años, pero parecía en plena forma. A Julie le recordó por momentos a su abuela.

—Pasa —dijo finalmente la mujer, apartándose del umbral para dejarle vía libre—. Sube las escaleras y en la primera puerta a la derecha lo encontrarás.

Julie le dio las gracias y entró en la casa mientras la anciana cerraba la puerta tras ella. Miró a su alrededor, observando los detalles del recibidor y el salón que estaba a la vista. La decoración era moderna, pero a su vez tenía cierto toque hogareño. La luz pálida de la mañana de Brooklyn entraba a raudales por las ventanas, bañando los muebles y el piso de madera.

—Eres la nueva niñera, ¿no? —preguntó la anciana, sobresaltándola.

—Sí, señora —contestó Julie—. O eso espero.

La anciana asintió en silencio y se marchó en dirección a la cocina, con su larga bata de cachemir ondeando tras ella.

Julie se quedó de pie ante las escaleras, dándose cuenta de que había llegado el momento de enfrentarse al señor Novak. Después de lo ocurrido con su padre, había sido su intención no ponerse nunca en el camino de ese hombre. Sin embargo, necesitaba aquel trabajo. Y cuando te estás ahogando y alguien te ofrece una mano, la aceptas, así sea la del mismísimo diablo.

Tomó una bocanada de aire y subió las escaleras. Siguiendo las indicaciones de la anciana, giró a la derecha y se detuvo frente a la primera puerta. Tocó suavemente la madera con los nudillos y esperó.

—Adelante —se oyó en el interior.

Julie apoyó la mano en la manija. No se había dado cuenta, pero estaba temblando. Se obligó a serenarse y abrió la puerta.

El señor Novak estaba sentado detrás de un escritorio de roble, con su pelo oscuro perfectamente peinado hacia atrás, vestido con un traje italiano color gris. Sus ojos azules la observaron de una manera que la chica no supo descifrar.

—Julie —saludó—. Por favor, toma asiento.

La chica titubeó.

«Recuerda, Julie, necesitas esto», se dijo. Avanzó y se sentó en la butaca que había frente al escritorio. Por primera vez desde que Julie había acudido al hospital a identificar a su padre, los dos se encontraron cara a cara.

El señor Novak le dirigió una sonrisa afable pero profesional.

—Supongo que esta oferta de trabajo te debe parecer un poco extraña. Tengo entendido que no tienes experiencia de niñera o formación sobre el tema, ¿me equivoco?

El calor ascendió por el cuello de Julie. No esperaba que su primer intercambio de palabras fuera acerca de lo poco preparada que estaba para el puesto, pero a la vez se sintió aliviada de dejar eso en claro desde el principio. No estaba dispuesta a mentir, no sobre eso.

—Así es —admitió—. Aunque hice un curso de socorrismo y primeros auxilios en la universidad.

El señor Novak cabeceó ligeramente para mostrar su aprobación.

—No te voy a mentir, no eres precisamente la que habría considerado para el puesto si las circunstancias fueran otras, pero dado que los dos estamos en situaciones desesperadas, no veo por qué no podemos ayudarnos mutuamente. —Novak abrió un cajón y sacó una funda de plástico con varios documentos dentro. Lo repasó con la vista un momento antes de tendérsela a Julie—. Aquí está tu contrato, con las condiciones en detalle y el sueldo. En principio cuentas con veinte días de vacaciones y cinco de asuntos propios. Puedes cogerlos cuando quieras, aunque agradecería que me avisaras al menos con una semana de antelación para organizarme. Entrarías los lunes a las siete de la mañana y saldrías el viernes a las siete de la tarde.

Julie sacó los documentos de la funda y empezó a leerlos con atención.

—No hace falta que firmes ahora mismo —dijo el señor Novak—. Es viernes, así que podemos considerar hoy tu día de prueba. Piénsalo bien durante el fin de semana y el lunes, si has decidido aceptar el puesto, entrégame el contrato firmado cuando vengas a trabajar.

El señor Novak se levantó de la silla y se abrochó los botones de la chaqueta de su traje. Julie se sintió minúscula cuando él la observó desde arriba.

—Tengo que irme al trabajo. Cualquier duda puedes consultarla con Harriet. Ella te enseñará

la casa y te presentará a Phoebe. —La sonrisa alcanzó sus ojos al mencionar a su hija—. ¿Hay algo que quieras comentarme antes de que me vaya?

Julie tenía muchas preguntas, tantas que su mente se quedó en blanco. Consciente de que estaba malgastando el valioso tiempo del señor Novak, negó con la cabeza. Nada más hacerlo supo que había cometido un error.

El señor Novak dio un golpecito a la madera de roble de su escritorio con la palma de la mano.

—Mi número personal y el de mi oficina están en el contrato. Si me acompañas, te presentaré a Harriet. Supongo que ella no lo habrá hecho al abrirte la puerta.

Julie recordó a la anciana que la había invitado a pasar. En efecto, no se había molestado en presentarse.

El señor Novak pareció interpretar la expresión de su rostro como una confirmación.

—Lo sospechaba —dijo. Por primera vez, separó los labios al sonreír, dejando al descubierto sus dientes perfectos—. ¿Vienes?

Julie se levantó de la silla casi dando un salto, apretando la funda de plástico de su contrato contra su pecho, y siguió a Novak cuando salió del despacho. Bajaron de nuevo las escaleras y se dirigieron a la cocina, que era tan moderna y soleada como el resto de la casa. El aire estaba impregnado de un aroma a café que le recordó a Julie que no había desayunado antes de salir de casa. Harriet estaba allí, sentada en uno de los taburetes de la isla mientras bebía a sorbos de una taza de café con los codos apoyados en la encimera.

—Tía, esta es Julie —dijo el señor Novak—. Será nuestra nueva niñera, si todo va bien.

La ancianaladeó la cabeza en completo silencio, evaluando a Julie con sus ojos de acero.

—Ya veo —dijo antes de dar otro sorbo a su café.

—Le he dicho que te encargarás tú de enseñarle la casa y explicarle mejor su trabajo, si te parece bien.

—Por supuesto. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Vete tranquilo. Yo me ocupo.

Novak se acercó a la anciana y la besó en la mejilla.

—No la asustes —advirtió en voz baja, aunque su tono era divertido.

Los ojos de Harriet brillaron traviosos.

—Claro que no.

Tras despedirse escuetamente de Julie, el señor Novak se fue. Cuando la puerta de la entrada se cerró con un golpe suave, la chica miró a Harriet.

La anciana extendió la mano para señalar otro taburete.

—Siéntate, querida —ofreció—. ¿Te apetece un café?

Julie se humedeció los labios, pensando bien su respuesta. No quería parecer una desagradecida, pero tampoco quería parecer una maleducada que deja que una anciana le sirva.

—Sí, por favor —dijo al fin, tomando asiento en el taburete.

Harriet le dirigió una sonrisa algo tirante y Julie supo de inmediato que su verdadera entrevista de trabajo comenzaba ahora.

Capítulo 7

Julie dio un primer trago al café mientras fingía no sentirse intimidada por la mirada inquisitiva de Harriet. El líquido estaba tan caliente que le quemó la lengua, pero debía admitir que estaba delicioso, endulzado con la cantidad justa de azúcar y un chorrito de crema.

—El café está delicioso —comentó con honestidad—. ¿Lo prepara usted?

La expresión de Harriet no se suavizó ante el halago.

—Por supuesto, yo preparo todas las comidas en esta casa —respondió con un deje de orgullo en la voz—. En los setenta fui chef en París, lo cual me dejó con el corazón roto, pero mucha experiencia a mis espaldas. Ahora me sirve para alimentarme a mí misma, a un bebé que solo come purés sin sabor y a un trabajólico que aprecia igual una lasaña de microondas que una casera. Y la niñera de turno, por supuesto.

Julie trató de no darse por aludida ante la mención de la temporalidad de su puesto.

—¿Soy la única empleada? —quiso saber.

—Como tal, sí. Martes, jueves y sábado acuden los de la empresa de limpieza. Los de mantenimiento vienen cada quincena para una inspección general.

Julie miró a su alrededor, observando los altos techos de un blanco immaculado. Era extraño que una casa como esa no contara con al menos una empleada de limpieza fija. Sabía de sobra que no era por falta de dinero.

—¿Entonces es usted la tía del señor Novak? —preguntó Julie, tanto por curiosidad como por el impulso de evitar que la conversación volviera a apagarse.

—Su tía abuela —corrigió ella—. Llámame Harriet, y no me hables de usted. —Levantó la cabeza hacia la derecha para mirar la hora en el sobrio reloj de pared—. Ya casi es la hora de que Phoebe se despierte. Voy a enseñarte la casa y luego te presentaré a tu nueva jefa, ¿de acuerdo?

Julie asintió, contenta de tener algo concreto que hacer. Apuró el café y siguió a Harriet, que no se había molestado en esperarla.

La casa era mucho más grande de lo que parecía desde el exterior. La primera planta contenía el salón, el comedor y la cocina, todo ello separado con medios muros que dejaban fluir la luz de un extremo a otro de la casa. Harriet señaló una puerta mientras se dirigían a las escaleras y le indicó que llevaba a su apartamento en la planta baja.

—Casi todo el tiempo estoy aquí, salvo cuando necesito desconectar o trabajar en alguna pintura. Si alguna vez me necesitas y no me encuentras, es muy probable que esté abajo. Oírás la música, de todas maneras.

Pintura, cocina. Julie se preguntó qué más haría aquella enérgica anciana. Las únicas otras referencias que tenía en su vida de mujeres de esa edad era su abuela paterna, una devota católica que había fallecido cuando ella tenía diez años, y su abuela materna, de la que apenas sabía nada hasta hacía poco más de una semana.

La distribución de la segunda planta era algo más oscura que el espacio diáfano de la primera. Harriet guió a Julie por un pasillo y fue señalando las diferentes puertas y explicando qué había al otro lado.

—Y esa —señaló una puerta al final del pasillo— será tu habitación.

Julie esperó educadamente a que la anciana abriera la puerta para acercarse a curiosear. La habitación era espaciosa, con los muebles básicos, desprovista de cualquier cosa que otorgara personalidad al dormitorio. Contaba también con un baño propio, cosa que la chica agradecía.

—Puedes instalarte mientras voy a despertar a Phoebe —dijo Harriet.

Julie se sonrojó y levantó sus manos vacías. A excepción de su bolso, no había traído nada más.

—No estaba segura de si debía traer equipaje hoy —dijo—. Estoy todavía decidiendo si aceptar el puesto o no.

Harriet la observó con cierta desaprobación y chasqueó la lengua.

—Bueno, qué se le va a hacer. Acompáñame entonces.

Con la sensación de haber sumado un punto negativo en la secreta evaluación de la anciana, Julie la siguió cabizbaja hasta la que antes le había indicado que era la habitación de la pequeña.

Julie se sorprendió por la sencillez del cuarto de la niña, que prácticamente dormía en el suelo. La cama era de madera clara, una estructura simple, las paredes de colores pasteles claros con ilustraciones de animales y selva, muy minimalista. Todo estaba al alcance de Phoebe, juguetes, libros, su ropa. La muchacha sonrió al imaginar que se parecía mucho al cuarto de los siete enanitos de Blancanieves. Harriet la miró de reojo y dijo:

—Debes entender, Julie, que aplicamos el método de Montessori para criar a Phoebe. Intentamos que sea una persona independiente: ella elige qué jugar, qué vestir y qué comer, obvio dentro de las opciones que considero saludables. No le hablamos como a una estúpida; es un bebé que merece respeto. —La mujer caminó hasta quedar frente a la cama de la niña, que todavía dormía.

Julie comenzó a calcular. Debía buscar eso del método de Montessori; escuchó hablar sobre ese tipo de educación, pero nunca se interesó en profundizar sobre el tema. Ella tenía la firme intención de nunca ser madre. El universo conspiró en su contra y nada de lo que planeó estaba sucediendo. Sin embargo, tenía que amoldarse a su nueva vida.

—Es una niña muy bonita —murmuró parándose al lado de la anciana.

—Lo es, pero tiene un carácter fuerte, como su padre. —Harriet se acuclilló y acarició la cabecita de la bebé cubierta de finos rizos oscuros.

—Es idéntica al señor Novak —reconoció Julie mientras miraba con interés al pequeño ser que dormía tranquilamente.

«No puede ser tan difícil», pensó.

—Phoebe, mi pequeña, es hora de levantarse —dijo Harriet y besó la rosada mejilla de la niña.

La bebé se desperezó, estiró los bracitos sobre la cabeza y se frotó los ojos con sus regordetas manitos.

—Baba —murmuró y abrazó a Harriet.

—Vamos a prepararnos para desayunar, mi niña hermosa. Hoy tenemos... —suspiró—, tenemos visita, ella se llama Julie, y vino a jugar contigo.

La niña miró a Julie que estaba parada detrás de su tía bisabuela y sonrió mostrando sus blancos dientecitos. Julie pudo contarlos, tenía cuatro arriba y dos abajo.

—Maman —dijo y se movió quitándose el cobertor, pateándolo para hacerlo a un lado.

Harriet se incorporó y la pequeña se levantó, caminó con pasitos cortos y simpáticos hasta un mueble de madera del mismo color que su pequeña camita, abrió un cajón y sacó un pañal, luego otro y se rebuscó para sacar un vestidito blanco con flores amarillas y celestes.

—¿Quieres usar este vestido? —indagó Harriet con dulzura mientras volvía a acuclillarse para quedar a la altura de la niña.

Phoebe afirmó con su cabecita y abrazó el vestido con ternura.

—¿Sabes cambiar pañales? —preguntó Harriet lanzando una mirada inquisidora a Julie.

Ella tardó un rato en responder; se había quedado admirando la belleza y ternura de la pequeña, sonriendo como una tonta. Le dieron ganas de abrazarla, darle besos y pellizcar sus mofletes.

—¡Oh, sí, claro! —exclamó cuando la mujer carraspeó.

—Siempre debes ponerte a la altura de ella para hablarle —dijo Harriet, cogió el vestido y el pañal antes de ponerse de pie.

—Entiendo —respondió Julie.

—Eso espero —expresó la anciana y le pasó las prendas de la niña—. En aquel mueble —señaló un armario—, encontrarás los zapatos, deja que ella elija.

—Por supuesto, comprendido.

La niña estaba sentada en el suelo jugando, hablando un extraño idioma que Julie no comprendía y que, al parecer, Harriet sí.

—Iré a preparar su desayuno. Las espero en quince minutos en la cocina —dijo la anciana, se despidió de la niña y se marchó.

—Mierda —murmuró entre dientes Julie una vez que la mujer cerró la puerta.

La niña levantó la cabeza y la miró con picardía.

—No repitas esa palabra —dijo Julie y se acuclilló junto a la bebé—. Vamos a cambiarte y bajemos antes que Harriet regrese.

—Baba, maman...

—Sí, he notado que babeas mucho —dijo Julie.

Phoebe extendió los bracitos hacia ella, pidiendo que la aúpe.

La joven miró alrededor buscando el mueble cambiador, cuando lo ubicó, levantó a la niña entre sus brazos. Sintió sobre su antebrazo el cargado pañal y el aroma que despedía anticipaba lo que encontraría. Había visto muchos tutoriales en internet de cómo cambiar a un bebé, pero eran más pequeños que Phoebe, ella se movía mucho y se le complicó bastante el trámite.

—Eres una niña muy bonita, espero que seamos buenas amigas, solo colabora conmigo, Phoebe —decía mientras la peinaba.

Cuando se sintió satisfecha con el aspecto de la niña la cogió entre sus brazos y caminó con ella hacia la puerta, pero como si no la hubiera escuchado, la bebé comenzó a patalear y llorar señalando algo en el suelo.

—¿Quieres tu juguete? —indagó Julie con desesperación.

—Mimi... mimi... —balbuceaba la niña.

—Busquemos a Mimi, pero no llores. —La dejó en el suelo y Phoebe caminó hasta la alfombra donde estuvo jugando antes, cogió un viejo muñeco de tela, lo abrazó y besó.

—Mimi, maman...

«Dios mío, necesito un diccionario de bebés», reflexionó, caminó hasta la niña y se arrodilló frente a ella.

—Hola, Mimi, yo soy Julie —dijo y cogió la mano del muñeco.

Phoebe sonrió y abrazó a su muñeco echándose hacia atrás, alejándose de Julie.

Fueron a la cocina y Harriet continuó explicándole sobre la rutina de la bebé. Solo comían alimentos orgánicos, todo en la casa era amigable con el ambiente. La anciana hasta tenía su

propia huerta y se dedicaba al reciclaje.

—No puedes descuidarte un segundo, nada de móvil mientras estés al cuidado de la niña, lo tienes por si lo necesitas de urgencia, pero no para estar en las redes. Tienes que saber algo muy importante: Phoebe solo hace silencio cuando duerme, la demás parte del tiempo es una niña muy bulliciosa, curiosa e inquieta. Mientras la escuches, todo está en orden, pero si hay mucho silencio es señal de que algo malo pasa —explicó Harriet mientras daba de comer a la niña.

Julie escuchaba atenta lo que la mujer le decía y afirmaba con la cabeza al tiempo que anotaba todo en una agenda que compró para el efecto. Apuntó los horarios de comidas, juegos y el horario en que debían ir al parque.

—Estamos intentando que deje el pañal, por lo tanto, debes estar atenta al momento en que haga popó. Ya irás pillando eso, no te preocupes por hacerlo perfecto hoy —concluyó Harriet, limpió la boca de la niña, le quitó el babero y la bajó de su sillita.

—¿Ahora la llevo a su cuarto? —preguntó Julie, pero cuando volvió la vista hacia la niña, esta había desaparecido.

—Hay un salón de juego. Síguela, se está yendo ahí —dijo Harriet negando con la cabeza.

Julie la escuchó resoplar mientras salía de la cocina, miró hacia todos lados y vio a Phoebe caminar por un iluminado pasillo hasta que se internó en un salón al final del corredor. Trotó detrás de la niña y la encontró sentada en el suelo junto a su inseparable amiguito de trapo. No entendía cómo podía gustarle tanto aquel estropajo viejo, teniendo tantos juguetes hermosos a su alcance.

De repente una suave música comenzó a sonar. Era tranquilizante y agradable. La niña se puso de pie, cogió los bajos de su vestidito y comenzó a bailar con mucha torpeza.

—Baba —dijo.

—¡Ay, sí!, eres inteligente —musitó Julie, buscó en el bolsillo de su pantalón, sacó un paquete de pañuelos desechables, quitó uno y le secó la baba a Phoebe.

La pequeña estiró un bracito, abrió y cerraba la manito, hasta que Julie comprendió que quería que se sentara en el suelo junto a ella. Jugaron toda la mañana, a eso de las diez Harriet le trajo una mamadera con jugo y puré de manzana para Phoebe, después de alimentarse, la niña se echó en una colchoneta y volvió a llamar a Julie con las manitos mientras sostenía su mamila del chupón con los dientes. La muchacha se acostó junto a la niña que al instante se acomodó a su lado e hizo que Julie la abrazara.

—Mmmm... mmmm... —balbuceaba al tiempo que bebía el jugo de su mamadera.

—¿Quieres que te cante? —le preguntó Julie.

Phoebe la miró y colocó sus manitas sobre las mejillas de la joven afirmando con la cabeza.

—A ver, no vine preparada para esto —dijo mientras hacía memoria—. Creo que esta va a gustarte, escucha... —Julie comenzó a tararear una canción de cuna que Clara solía cantarle.

—Mmmm... —volvió a balbucear Phoebe.

—Ya la luna baja en camión a bañarse en un charquito con jabón, ya la luna baja en tobogán revoleando su sombrilla de azafrán... quien la pesque con una cañita de bambú se la lleva a Siu Kiu...

Phoebe se acomodó y comenzó a jugar con el lóbulo de la oreja de Julie, con sus deditos lo apretaba y estiraba. Sus ojitos comenzaron a cerrarse, pero cuando sentía que el biberón se le caía de la boca los volvía a abrir, reacomodándolo con la mano libre. Hasta que se quedó dormida. Julie no sabía qué hacer, no quería moverse para que la niña no despertara y, al final, también se quedó dormida.

Desde el quicio de la puerta Harriet las observaba, no iba a dejar a la muchacha sin supervisión, todavía no había ganado su confianza, pero tuvo que admitir, muy a pesar suyo, que Phoebe se estaba llevando bien con la nueva niñera.

—¿Cómo va todo? —Enzo la sorprendió hablándole a sus espaldas.

—Querido, me asustaste —murmuró Harriet alejándose de la puerta y cerrándola.

—¿Qué opinas? ¿Va a funcionar? —volvió a indagar el señor Novak.

—¿Sabías que no tiene ni un poco de experiencia cuidando niños? —inquirió Harriet mientras caminaban hacia el salón.

—Sí, estaba al tanto, pero era urgente encontrar alguien que te ayude y ella realmente necesita trabajar —se justificó el hombre caminando hacia el bar para servirse un trago de licor.

—¿A qué se debe que estés a esta hora en la casa? —respondió Harriet haciendo caso omiso a lo que él le acababa de decir.

—Quería venir para ver cómo estaban, sabes que Phoebe se pone un poco nerviosa cuando viene alguien nuevo y...

—Viniste a asegurarte de que no espante a la muchacha, crees que todas las niñeras renuncian por mi culpa, ¿verdad?

—Tía, no es eso, pero debes ser más tolerante...

—Escúchame bien, Enzo, no voy a permitir que Phoebe sufra, es mi deber velar por su bienestar cuando tú no estás. Si veo que alguna de las niñeras tiene actitudes raras, no me mantendré callada. —Cogió el vaso que él tenía entre sus manos—. Sabes que no es bueno beber a esta hora, ni a cualquier otra, odio el alcohol.

—¡Por Dios, Harriet! Hablas como si fuera un alcohólico, una copa de vez en cuando...

—Nada de eso, se te hará costumbre y es un vicio muy malo.

—Ya soy grande, no puedes corregirme como a un niño.

—Para mí, aunque te pese, siempre serás mi bebé.

—No vuelvas a decir eso, me avergüenzas.

—Eres mi niño y siempre lo serás —afirmó Harriet y acarició el rostro de Enzo.

—Todavía no me has dicho si va a funcionar la muchacha. —El hombre cambió de tema cogiendo las manos arrugadas de la mujer entre las suyas y la invitó a sentarse en el sofá.

—Es rápido para dar una opinión —Harriet palmeó con suavidad las manos de Enzo—. Además, solo vino por el día de hoy, no trajo su equipaje. Creo que no piensa quedarse, debes ir viendo a alguien más. Ya agendé una cita con una niñera, vendrá mañana a primera hora para que la entrevistemos.

—Deja que hable con la señorita Mendoza primero. Después del almuerzo le daré la oportunidad de ir a por sus cosas. Si hace falta yo mismo la llevaré.

Harriet no estaba muy convencida, sobre todo después de escuchar ese apellido, pero no podía ser tan intransigente. Al fin y al cabo, él era el padre de la pequeña.

Capítulo 8

La hora del almuerzo llegó. Enzo estuvo atendiendo asuntos de negocios desde su estudio, en la casa.

La puerta se abrió y una ceñuda Harriet lo miró desde el umbral.

—¿Y ahora qué ha pasado? —dijo Enzo cerrando el ordenador y mirando a su tía abuela con expresión casada en la mirada.

—Le he explicado muy bien el horario de comidas, juegos y baño de la niña, han pasado cinco minutos y la muchacha no ha traído a la niña —se quejó la mujer torciendo el gesto con desagrado.

—Harriet, no seas tan estricta, cinco minutos no es mucho tiempo. Deja, que voy yo a ver qué están haciendo. Seguro se entretuvieron jugando. Conoces a Phoebe, puede ser un poco retobada. —Enzo se puso de pie, se pasó la mano por el cabello y se acomodó el traje.

—Los horarios son sagrados. Ya lo decía mi padre y tenía mucha razón: los seres humanos somos animales de costumbres, rutinas y rituales. Si ahora no enseñamos a Phoebe a ser responsable, luego será más difícil, sabes que hasta los cinco años ya se establece lo que será la vida de una persona...

—Démosle tiempo a la señorita Mendoza. Phoebe y ella deben conocerse y eso no sucederá en un par de horas —dijo Enzo cortando la perorata de Harriet, que conocía de memoria.

—La mesa está puesta, no tarden —dijo Harriet y se fue.

Para la edad que tenía, era una mujer fuerte, lúcida y perspicaz. Enzo le tenía una confianza ciega; sabía que él y su hija eran su mundo y que los amaba más que a nadie. Él sentía lo mismo por ella. A pesar de eso, había días que no la aguantaba. Añoraba su libertad de ser y hacer lo que le venía en gana, pero cuando murió su esposa, Harriet vino para ayudarlo con la pequeña y nunca más se fue, y tampoco él quería que se marchara, solo necesitaba que se diera cuenta de que él era un hombre adulto. Manejaba empresas, tenía a muchas personas bajo su mando, no precisaba de alguien que le dictara reglas de conducta.

Sonrió al pensar que tenía a dos dictadoras en la casa. Su hija y su tía abuela se encargaban de manejar su vida a su antojo y él no podía oponerse, pero tenía esperanza de que Julie, al necesitar tanto del empleo, se quedara y le diera un poco de libertad para salir de vez en cuando con sus amigos, a quienes extrañaba, así como a las noches de entretenimientos y cerveza. Tal vez podría tener alguna cita con una mujer, solo para comenzar a vivir acorde a alguien de su edad.

Caminó con firmeza hasta el salón de juegos, abrió la puerta y se sorprendió gratamente al ver a su niña durmiendo con tranquilidad en los brazos de la joven niñera. Ambas estaban profundamente dormidas.

Cerró los ojos y se pasó las manos por el rostro alejando un pensamiento que lo torturaba:

«Así se hubiese visto Phoebe con su madre».

Aunque Julie no podía ser más diferente a su esposa fallecida. No tenía ni un ápice de Lara, por lo menos en el aspecto físico, y esperaba que tampoco tengan coincidencias en lo que respecta al carácter y la actitud.

Phoebe hizo un ruidito de bebé y se acomodó abrazando a la joven niñera, ambas reflejaban inocencia. Tal vez tenían en común el haber perdido a uno de sus padres. Eso despertó en Enzo un extraño impulso de querer proteger a su nueva empleada, así como lo hacía con su hija. Tenía la sensación de haber hecho algo que propició la orfandad de esos dos seres casi angelicales.

Se acuclilló junto a Julie y le tocó con suavidad el hombro y susurró:

—La comida está servida.

Julie abrió los ojos de repente y se asustó, parecía estar perdida, se sentó y miró hacia todos lados, luego miró a la niña y suspiró.

—Perdón, es que no quise moverme para que Phoebe no despierte y me he quedado dormida...

—No es conmigo con quién debes excusarte. Harriet está enojada, ella es muy puntual, tiene todo perfectamente ordenado. Te habrás dado cuenta de que es muy meticulosa —dijo Enzo y se puso de pie. La miró con un poco de diversión al verla tan azorada recogiendo su larga y negra cabellera en un moño.

—Sí, creo que definitivamente no pasé la prueba. —Julie se puso de pie y arregló su ropa arrugada. Con sus manos alisó su blusa como intentando sacar el sueño que seguía prendido a ella.

Phoebe despertó, parpadeó un par de veces y, cuando vio a su padre se puso a chillar de alegría. Gateó hasta Enzo y sosteniéndose de las botamangas de su pantalón se puso de pie.

—¡Upa! —masculló—. Maman.

Julie se inclinó hacia la niña al mismo tiempo que Enzo y sus rostros quedaron enfrentados a muy pocos centímetros.

—Perdón —dijo ella y se enderezó con rapidez.

—Deja que yo llevo a Phoebe. Ve a lavarte el rostro para espabilar, allá hay un baño. —dijo Enzo señalando con la cabeza una puerta a espaldas de Julie mientras alzaba a la niña.

—Está bien, muchas gracias —respondió Julie, pero no se movió.

—Es mejor no hacer enojar a Harriet, no tardes —dijo Enzo ya de espaldas a ellas mientras se alejaba con la niña entre sus brazos, que le decía adiós a Julie con su manito.

Julie le devolvió el gesto a Phoebe y le lanzó un beso con la mano. Se sorprendió por ese gesto cariñoso; acababa de conocer a la niñita, pero ya sentía simpatía por ella. Cuando Enzo y la pequeña salieron del salón se dirigió al baño maldiciendo entre dientes su terrible equivocación. Si bien no era el trabajo soñado por ella, constituía una forma de mantenerse y ahorrar para poder terminar sus estudios. Entró al baño, sacó su móvil del bolsillo de su abrigo, tapó el váter y se sentó. Con rapidez envió un mensaje a Clara:

Creo que no voy a obtener el trabajo.
12:10

Fue todo lo que escribió antes de volver a bloquear el móvil, sin esperar la respuesta, y lo guardó en su bolsillo. Se mojó un poco el rostro y se miró al espejo, sopesando sus opciones, y se reprochó mentalmente el haberse quedado dormida.

Salió de la habitación y recorrió el pasillo. Antes no se había percatado de las hermosas obras de arte que adornaban las paredes a uno y otro lado. Una de vibrantes colores rojo, naranja y amarillo llamó su atención. A ella siempre le interesó el arte y había conocido a muchos artistas plásticos contemporáneos (según ella era lo único que compartía con su madre), pero a este artista no conocía. Se acercó para ver más de cerca la firma hasta que alguien la llamó.

—¿Te gusta? —indagó Harriet parándose a su lado.

—Es interesante, no conozco a este pintor —respondió Julie y volvió a acercar su rostro intentando descifrar tan intrincada firma.

—¿Sabes de arte? —volvió a preguntar Harriet.

—Me gusta, pero no soy una erudita en el tema. Sin embargo, a este artista nunca lo he conocido, y deduzco que al estar junto a obras de Gerhard Richter, Yan Pei-Ming o Martial Raysse es muy importante.

—Lo es, aunque no sea muy conocido —respondió Harriet—. Te estamos esperando. Por favor, sé puntual con las comidas. No es por ti o por mí, pero intento que la niña tenga horarios. Una vida ordenada comienza respetando el tiempo de los demás, que es lo único que no se puede desperdiciar.

—Me disculpo, Harriet, no volverá a suceder —se excusó Julie.

—A mí no me interesan las disculpas, tampoco me gustan las personas que todo el tiempo tienen que estar poniendo pretextos por su falta de compromiso.

Almorzaron en un ambiente cálido y agradable. Enzo y Harriet conversaron de manera amena. Se notaba el cariño que sentían el uno por el otro. A su manera, eran una familia feliz. Phoebe estaba creciendo en un ambiente saludable rodeada de amor. Se podía percibir la preocupación de Enzo y como hacía todo lo posible por demostrar con gestos y palabras el gran amor que profesaba hacia su hija. Julie tuvo la sensación de que intentaba llenar el espacio vacío que dejó la madre de la pequeña.

—Todo estuvo sabroso como siempre, tía —dijo Enzo y dejó la servilleta que tenía sobre su regazo en la mesa a un lado de su plato. Mirando a Julie, añadió—: Necesito hablar contigo, ¿me acompañas al estudio? No te preocupes por Phoebe, Harriet la cuidará un momento. —Levantó una ceja de manera inquisidora cuando miró a la mujer, que suspiró con resignación pero no objetó nada.

—Por supuesto —respondió Julie. Limpió la boca de la bebé y se puso de pie.

Estaba segura de que le pagarían por la jornada y la mandarían a volar bien lejos. Mientras caminaba detrás de aquel imponente hombre de anchas espaldas, se perdió mirando como los músculos de sus hombros y brazos llenaban a la perfección la impecable camisa blanca. Recorrió con la vista el cuerpo de Enzo hasta llegar a sus nalgas. Jamás se había fijado en esa parte de la anatomía masculina, pero él tenía dos perfectos y macizos glúteos que solo alguien impedido del sentido de la visión podría obviar.

«Me estoy volviendo loca. Este es el culpable de la situación en la que me encuentro y yo me dedico a apreciar...», pensó.

Sin embargo, ladeó la cabeza mientras sonreía y achinaba los ojos para seguir admirando al hombre que justo en ese momento frenó los pasos, haciendo que la joven colisionara contra él.

La pobre quedó más colorida que el cuadro que había apreciado en el pasillo.

—Lo siento tanto, estaba distraída —se defendió Julie.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Enzo girándose para observarla.

—Sí, digo, no —respondió Julie sintiendo el aroma almizclado del perfume masculino. Sacudió la cabeza mandando bien al fondo de su mente todos esos pensamientos poco profesionales.

Si antes estaba casi convencida de que no la contrataría, ahora no le cabía ninguna duda.

Capítulo 9

Para asombro de Julie, nada de lo que había anunciado sucedió. Enzo le habló y se notaba que estaba desesperado por encontrar un reemplazo para la anterior niñera y alguien que ayudara a Harriet, que a pesar de ser fuerte ya no era una jovencita. Le explicó que a la niña le estaban saliendo los dientes y le costaba dormir por la noche.

—Tengo un favor que pedirte —dijo Enzo—. En teoría deberías empezar el lunes, pero necesito algo de ayuda extra este fin de semana. Te pagaré acorde, por supuesto.

—De desesperada a desesperado, acepto —dijo Julie extendiendo la mano para sellar el trato.

—Gracias, Julie, y por favor, ten paciencia con Harriet. Es un poco celosa, además de que sobreprotege a Phoebe, pero no es mala.

—Creo que nos llevaremos bien, no se preocupe, señor Novak.

—Llámame por mi nombre, me haces sentir viejo.

«De viejo no tienes ni calzones, de eso estoy segura», pensó Julie, pero solo le sonrió.

Enzo la miró con los ojos entrecerrados. Ella hasta creyó haber dicho eso en voz alta.

«No, no lo he dicho», reflexionó asustada.

—Te llevaré a tu casa para que busques todo lo que puedas necesitar durante la semana. Me supongo que Harriet ya te mostró tu habitación, aunque creo que dormirás con Phoebe por un tiempo.

—Estará en buenas manos, no se preocupe...

—Te.

—No te preocupes, Enzo —rectificó ella.

—Ah, casi me olvido, si ya leíste el contrato y estás de acuerdo con los términos, no olvides firmarlo, solo déjalo aquí —palmeó el escritorio.

—Todo está correcto, si quieres lo firmo ahora mismo. Lo dejé en mi bolso en la habitación de Phoebe.

—No hace falta, tómate el tiempo que necesites. Tengo un rato libre ahora, así que si quieres te acompaño a casa para que puedas traer tus cosas —dijo Enzo. Se incorporó, cogió la americana que colgaba del respaldo de su sillón y se la puso.

—De acuerdo —respondió Julie y también se puso de pie.

Siguió a Enzo evitando mirarlo. No cometería el mismo error dos veces.

—¿Estás seguro? —indagó Harriet en un susurro mientras mecía a Phoebe—. Si me permites, Enzo, no estoy de acuerdo. Sé quién es esa chica, ya averigüé sobre ella. Estás metiendo al enemigo en nuestro hogar.

—Por favor, Harriet, cualquier diferencia que tú hayas tenido con su abuela no es culpa de Julie.

—Oh... —dijo Harriet abriendo los ojos con sorpresa—, ya la tuteas. Ay, hijo, es como su abuela, sabe envolver a las personas. La fruta no cae muy lejos del árbol.

—Eso también se puede aplicar a mí, ¿verdad?

—Es diferente.

—Claro que no, es lo mismo, y no voy a discutir contigo. Ponme las cosas fáciles, necesito descansar ocho horas seguidas...

—Yo puedo cuidar a la niña, y tú te empecinas en creer que no tengo capacidad para eso.

—Debes entender, Harriet. Tu médico ya lo dijo, también necesitas descansar. Caso resuelto, ya no se habla más del tema, y por lo máspreciado que tengas, júrame que la tratarás bien.

—Haré el intento, pero no te prometo nada, es de mal gusto jurar.

—Confío en ti.

—¿Y en quién más lo harías?

—Te comportas como una niña consentida.

—Y tú eres un insensato, pero de los errores se aprende.

—¿Me estás amenazando? —indagó con socarronería Enzo.

—Te estoy advirtiendo —respondió Harriet y llevó a la bebé hasta su cama. Con un poco de esfuerzo, la acostó.

Aunque no quería aceptarlo, ya no podía hacer muchas cosas, y cuidar de un bebé que está comenzando a caminar es un trabajo de tiempo completo, más complicado que cualquier otra actividad.

—No tardamos en regresar —informó Enzo antes de marcharse.

Bajó las escaleras con rapidez y fue directo a la sala donde lo esperaba Julie que, al verlo se puso de pie, acomodó su bolso en el hombro y sonrió.

—¿Vamos? —dijo Julie y caminó hasta quedar a un par de metros de él.

—Sí, por favor, dejé mi coche enfrente. —Enzo le indicó el camino y la invitó a pasar primero.

—Clara estará muy feliz... —Hizo silencio, a Enzo le pareció que recordó algo repentinamente.

El señor Novak tuvo la oportunidad de observarla. Era una mujer menuda, pero con todo bien puesto, el típico cuerpo latino, voluptuoso y armónico. Su andar era simpático y desinhibido. Enzo pensó que se vería bien bailando algún ritmo alegre y sensual.

«¿Sensual? Deja de pensar eso Enzo, es tu empleada y una chica respetuosa», reflexionó, pero le era imposible apartar la vista de la joven.

—Enzo, ¿me estás escuchando?

—Sí, perfecto —respondió él.

—Entonces no te importaría dejarme en mi casa y yo regreso por mi cuenta, así no tienes que esperar fuera.

—¿Qué? No, no, no, haremos lo siguiente: te dejo en tu casa y voy a recoger unos documentos en la oficina. Tengo una reunión con un proveedor, así que tendrás tiempo suficiente para hacer el equipaje.

—Gracias, señor Novak.

—De nada.

Llegaron al edificio de apartamentos. Julie se despidió y bajó del coche con apuro. No quería que su madre la viera llegar con él. Le mentiría sobre su empleo, en primer lugar, porque Victoria consideraría que ese tipo de trabajo no estaba a la altura de alguien como ella; en segundo lugar, porque sabía que su madre creía que uno de los culpables de la muerte de su adorado esposo era Enzo. Nunca lo verbalizó, pero el día que se encontraron frente a la morgue sintió el rechazo y animadversión de la mujer hacia su ahora empleador.

Julie sintió que estaba traicionando a su madre, pero ¿qué más podía hacer? Necesitaba trabajar, ella no tenía la misma suerte que Victoria, no había nadie dispuesto a mantenerla. Al instante el sentimiento de culpabilidad se transformó en decepción cuando recordó a su abuela y lo fría que se había comportado con ella. A pesar de estar enterada de todo el drama familiar, no podía justificar ni perdonar a esa mujer tan soberbia y desdenosa.

—Estoy haciendo lo posible por sobrevivir, no puedo sentirme culpable por eso —se dijo a sí misma en voz baja antes de tocar el timbre.

—Julie, mi niña, ¿cómo te fue? Estaba preocupada por ti, no leíste el mensaje que te envié — la saludó Clara abrazándola.

—Me adelanté a los hechos, Clarita, me contrataron. He venido para hablar con mi mamá y llevar ropa a para la semana.

—Es una noticia genial, Julie, estoy tan feliz por ti. Ya verás que te irá bien, todo lo que hacemos en la vida nos sirve para reunir experiencia. Esto te ayudará, estoy segura...

—¿A qué se debe tanta alegría? —preguntó Victoria apareciendo de repente.

—He conseguido empleo, mamá.

—¡Qué bueno, hija! ¿Dónde?

—Es una empresa de importación y exportación. Tienen sucursales por todo el país y mi trabajo consiste en hacer inspecciones en sus sucursales —mintió Julie.

Clara la miró sorprendida, pero comprendió que no era conveniente contarle a Victoria lo que realmente haría Julie.

—¿Entonces viajarás mucho? —preguntó Victoria con curiosidad.

—Así es, mamá, por eso quería proponerte algo.

—Dime, pero mientras bebemos un café.

—Lo que quieras.

—Yo iré a preparar tu valija, Julie. El café está recién hecho y hay galletas en el horno —informó Clara.

—Gracias, Clarita. Pon ropa cómoda, por favor.

—Cuéntame más, ¿qué quieres proponerme? —dijo Victoria y se sentó esperando que Julie le sirviera el café.

—Estaba pensando, ya que tu madre quiere que vayas a vivir con ella, que puedes aceptar su invitación. Te aburrirás aquí sola, a veces ni siquiera podré estar los fines de semana y Clara pronto se irá —decía Julie mientras servía el café en las tazas.

—No sé, no me agrada mucho el tener que regresar a vivir con alguien que me ignoró adrede tantos años.

—Solo será por un tiempo, hasta que me acomode y pueda aspirar a un puesto fijo, ahora no tengo elección, es lo único para lo que me han llamado. El sueldo es bueno y podré ahorrar para seguir estudiando. —Dejó las tazas sobre la mesa y acomodó un par de galletas en una bandeja.

—Muy pronto podré pagar la renta de un piso más amplio, y también podré seguir pagando el

suelto de Clara, pero ahora esta es la única opción.

—Si me aseguras que será algo temporal y con esto puedo colaborar contigo, voy a aceptar — terminó por ceder Victoria, aunque sin tanta convicción.

—En este momento es la mejor decisión, no será por mucho tiempo, te lo prometo. —Julie se sentó frente a su madre y extendió sus manos para coger las de Victoria entre las suyas.

—Ya perdí a mi esposo y ahora tengo que alejarme de mi única hija. Sé que no he sido una madre modelo, pero te quiero, Julie. Siento ser una completa inútil, yo también debería buscar algo que hacer...

—Escucha, mamá, mírame. —Apretó con dulzura las manos de Victoria.

—Hija, no sabes cuánto siento todo lo que tienes que padecer. Nunca ni en mil años se me pasó por la mente que terminaríamos así, en la completa ruina, repudiada por los que habíamos creído eran amigos. El único que sigue a nuestro lado es George, a pesar de que nunca terminé de aceptar la amistad que tenía con Oliver... —comenzó a llorar.

—George es un buen hombre, pero no podemos abusar de su generosidad. No llores, mami, te prometo que muy pronto lograré sacarnos adelante. Papá siempre decía que lo que no mata fortalece, y estoy segura de que saldremos triunfantes de esta dura prueba. Tengo la sangre Mendoza corriendo por mis venas, hace falta mucho más que esto para que me rinda.

—Te amo, Julie, con todo mi corazón, nunca dudes de eso. Es poco el sacrificio que debo hacer comparado con lo que tú estás dispuesta a realizar. —Suspiró y se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Tienes que saber que te admiro, mami. No eres una inútil, fuiste el bastón y soporte de esta familia, supiste acompañar a papá, fuiste muy generosa con él y conmigo. Ahora debes pensar en ti, ¿qué te gustaría hacer a partir de ahora? Eres joven, tienes toda una vida por delante. —Julie se puso de pie y rodeó la mesa para ir a abrazar a su madre.

—He disfrutado cada momento junto a Oliver. Lo amé y él también a mí. Me consintió mucho y siempre demostró ser un esposo, padre y hombre íntegro. En su honor y memoria, haré lo posible por continuar con mi vida, aunque no me sienta en mi mejor momento. Creo que tomaré este tiempo junto a Janeth para pensar y descansar.

—Me parece muy bien. Yo te estaré llamando y escribiendo a diario. Te quiero mucho, pero es momento de que yo también me independice. Me va a venir bien un baño de realidad. Siempre tuve todo lo que quise, nada me ha costado sacrificio. —Ajustó los brazos alrededor de Victoria y dejó un beso en su coronilla.

—Aquí está tu equipaje, Julie. Puse todo lo necesario para una semana —informó Clara dejando la valija en el piso junto al sillón del salón.

—Clarita, contigo también tengo que hablar. Estás libre de hacer lo que más te parezca conveniente. Mamá irá a vivir por un tiempo con Janeth y yo no estaré durante la semana...

—Julie, si me permites, quiero quedarme aquí hasta que encuentre un lugar dónde vivir. — Clara bajó la mirada y juntó las manos al frente, jugueteando con sus dedos.

—Por supuesto que puedes quedarte todo el tiempo que necesites —dijo Victoria, se incorporó y caminó hasta la mujer—. Fuiste una gran colaboradora, Clara, y una amiga incondicional. Somos familia y siempre lo seremos.

Las mujeres se fundieron en un fraternal abrazo lleno de emoción y sentimientos de gratitud y cariño. Julie contuvo las ganas de llorar. Su familia, así como la conocía se estaba deshaciendo. Dio unos pasos y se integró al abrazo. Su móvil comenzó a vibrar, lo sacó del bolsillo y lo desbloqueó, era un mensaje de Enzo, que ya la estaba esperando.

—Es el chófer de la empresa, ya me espera abajo —mintió Julie.

—Me parece raro que te hagan viajar un viernes —dijo Victoria separándose de las mujeres.

—Quería aprovechar el fin de semana y la buena predisposición del señor Harry. No siempre son tan empáticos con alguien nuevo —se justificó Julie.

—Bueno, es mejor que no dejes esperando al chófer. Cuando tengas que viajar, quiero que me envíes tu ubicación por el móvil. Hay que ser precavidos y no conoces a esta gente, menos al señor Harvey.

—Es Harry, mamá.

—Eso, lo que sea.

—Clarita, gracias por todo, también te enviaré un mensaje a ti cuando me acomode en el hotel.

Capítulo 10

La primera noche fue un fiasco. Julie no pudo contener a la pobre Phoebe, que lloró durante horas desconsolada. Al final, Enzo tuvo que llevar a la pequeña a dormir con él. La joven los siguió hasta la habitación y presencié un hermoso y emotivo momento.

El señor Novak se recostó boca arriba colocando a la pequeña sobre su pecho boca abajo, acarició con suavidad la espalda de la niña y le habló con dulzura hasta que la bebé se calmó y entre hipo y sollozos se quedó dormida.

—Ve a dormir, Julie, creo que la estuve malcriando un poco, pero pronto se acostumbrará a ti. Lo has hecho muy bien, no te preocupes —dijo Enzo sin mirarla ni dejar de acariciar a su hija.

Julie se fue sintiéndose derrotada. Eran más de las dos de la mañana y había perdido el sueño. Comenzó a navegar por internet buscando información sobre la dentición y cómo aliviar el dolor de los bebés. Anotó cada consejo en su agenda. Cuando se sintió satisfecha y cansada puso la alarma de su móvil y se dispuso a dormir.

Sin embargo, el sueño no venía, su cabeza seguía funcionando, los pensamientos sobre todo lo que hizo en las últimas horas, la mentira que le dijo a su madre y la tristeza de Clara rondaban su mente. Estaba en la completa ruina social y económica, y sabía que más temprano que tarde sus amistades y su madre se enterarían del trabajo que estaba haciendo. Era la primera vez que se enfrentaba a la pobreza abyecta.

Para su madre y su círculo más cercano, era aterrador e inconcebible tal circunstancia. Le había parecido, ahora que podía reflexionar, que Victoria tomó con bastante tranquilidad todo lo que le dijo, pero no se preocuparía por eso. Ella estaría mucho mejor en casa de su abuela, tendría todo lo que necesitaba y sería atendida con todos los lujos a los que estaba acostumbrada.

Por un buen rato, Julie contempló la impersonal habitación. Extrañaba la suya, sus muebles, su cama, sus adornos. Julie suspiró y se hundió en el colchón. El agotamiento terminó por vencer a su inquieta mente que saltaba de un pensamiento a otro. Tenía que sostener la farsa frente a su madre. Intentaría verla lo menos posible hasta que encontrase otra forma de ganarse la vida.

Ahora, no tenía elección. Estaba casi dormida, pero su mente no paraba de dar vueltas sobre todo y nada a la vez.

Mañana sería otro día, iría tanteando el campo de batalla un día a la vez.

Enzo no había descansado en absoluto. Siempre que llevaba a Phoebe a su cama dormía con un ojo abierto y con el miedo de aplastarla. Cualquier ruido que hacía la pequeña lo sobresaltaba.

—No has tocado tu desayuno —dijo Harriet—. Enzo, ¿no te parece que debes ir viendo a otra persona para que cuide a Phoebe?

—Demos una oportunidad a la muchacha. Es su primera noche y Phoebe se ha malacostumbrado a dormir conmigo. Las dos tienen que ambientarse y conocerse.

—Sigue en pie la cita con la otra postulante...

—Estoy cansado de entrevistar a personas, me parece que esto puede afectar a la niña, cambiar y cambiar de niñera. Ya no quiero eso. Debemos apoyar a Julie, ayudarla para que aprenda y desempeñe sus tareas de la mejor manera. No estamos hablando de cuidar a un animalito, es mi hija y no quiero que desarrolle algún tipo de trauma a causa de esto. Por enésima vez te pido, no, mejor dicho, te suplico, colabora conmigo. Si de verdad quieres lo mejor para Phoebe, ayuda a la joven. Sé que ella puede hacerlo. —Enzo se levantó ofuscado.

Estaba cansado de dar vueltas sobre el mismo asunto todo el tiempo.

—Hijo, siento mucho ser una carga...

—No te hagas la víctima, tía Harriet, no te queda ese papel. Además, no eres una carga, te estaré eternamente agradecido y tu presencia en esta casa es crucial. Yo estoy más tranquilo contigo aquí, sé que Phoebe estará segura. Lo que te pido es que aceptes recibir ayuda. Tú solo tienes que supervisar. —Se acercó a la mujer y besó su frente.

—Entiendo, haré lo posible. Voy a entrenar a la muchacha. Será como un doble mío cuando acabe con ella.

—Ay, tía, pobre Julie, no quiero estar en su lugar —bromeó Enzo—. Ahora tengo que irme. Me espera un día difícil en la empresa, solo quiero terminar con esto y pasar al siguiente negocio, pero me cuesta dejar a tanta gente sin empleo. Estoy haciendo todo lo posible por ubicarlos en otras que forman parte del conglomerado.

No sabía porque explicaba esos detalles a Harriet. Tal vez necesitaba contarle a alguien sobre los problemas en la empresa. Él era un hombre de negocios, pero sabía a la perfección las penurias que se pasan siendo empleado. Él había pasado por eso.

—Ve a trabajar. Yo me hago cargo de todo aquí, te prometo que voy a tratar bien a la chica. Además, creo que tendremos un tema de conversación. Parece que gusta del arte y conoce a casi todos los pintores de los cuadros del pasillo. Eso me gusta, significa que tiene un alma buena y delicada.

—Eres terrible, tía, pero te quiero. Iré a despedirme de Phoebe.

Enzo entró a la habitación de la pequeña y encontró a Julie cepillando los dientes de la niña.

—Buenos días —canturreó con alegría la joven—. Creo que la princesa amaneció más tranquila.

—Eso veo. Solo vine a despedirme. Hoy llegaré tarde y no vendré a almorzar, pero tienes mi número. Me llamas si surge algún inconveniente, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondió Julie y añadió mirando a Phoebe—: Dile adiós a papi.

—Pa-pa —dijo la niña y se inclinó con los brazos extendidos hacia Enzo.

—Preciosura de papá —dijo él y la aupó para besar su frente—. Tengo que ir a trabajar, pero te vas a quedar con Julie.

—Si me permites, quiero ir a hacer algunas compras para Phoebe. Estuve mirando algunas opciones para ayudarla con los dientes y me gustaría ir a la farmacia, aunque lo más recomendable es que vayamos a consultar con su pediatra primero.

—Voy a sacar una cita para esta tarde con el pediatra y enviaré a un chófer para que las lleve, ¿te parece bien?

—De lujo —respondió Julie e invitó a la niña a que se suba con ella.

—De lujo, me gusta esa expresión. —Le pasó a la niña.

Phoebe se acomodó en los brazos de Julie, colocando su cabecita en el hombro de la joven y se abrazó a su cuello. Eso le gustó a Enzo, sentía que había una conexión entre las dos. Tenía un buen presentimiento respecto a la nueva niñera.

Enzo añadió:

—Voy a enviarte un mensaje con la hora, nombre y dirección del pediatra. Te pido que informes a Harriet sobre esto, porque seguro querrá acompañarlas.

—Lo haré, no te preocupes. Hoy será un buen día, lo intuyo.

—Si Phoebe está bien, para mí será el mejor día del año.

—Sé que no debería meter mi cuchara donde no me corresponde, pero me parece que los sábados tendría que pasarlo con su hija, por lo menos por la tarde —dijo Julie mientras acariciaba la espalda de la pequeña.

Enzo la miró con una ceja levantada y apretó los labios.

—Tienes razón —respondió. Sin embargo, negó sutilmente con la cabeza.

—Su boca dice una cosa, pero su expresión otra —señaló Julie en un hilo de voz.

—Es imposible que ahora pueda prescindir de trabajar los sábados —expuso Enzo. No quería dar muchas explicaciones sobre la situación de la empresa. Si entraba en ese tema, solo conseguiría que Julie se enojara.

Ella no sabía todo lo que había hecho su padre y la razón por la que buscó la ayuda de Enzo.

—Es solo una sugerencia. Sé lo que es crecer rodeada de lujo, pero sin compartir tiempo con tus padres —se justificó la muchacha.

El señor Novak comenzó a pensar que tendría otra persona intentando dirigir su vida. Ya tenía bastante con la tía Harriet y Phoebe. Necesitaba que lo ayuden a alivianar su carga, no alguien que le estuviera dando clases de moral y de cómo educar a su propia hija.

—Lo tendré en cuenta. Ahora es mejor que me vaya, ya se me ha hecho tarde. —Acarició y besó la cabecita de la bebé antes de marcharse.

El suave aroma del perfume de Phoebe se había mezclado con la fragancia de la joven Mendoza. A pesar de estar un poco contrariado con Julie, le gustó esa fusión.

Olía a hogar, según él.

Capítulo 11

Enzo miró a la mujer que se sentó en la mesa contigua. Había ido a almorzar con un grupo de inversionistas y su amigo Max en un nuevo restaurante cerca del complejo de oficinas.

—Creo que dieciocho meses es suficiente, ya debes dejar el luto —cuchicheó Max al oído de su amigo.

—Vivimos en el siglo veintiuno, Max, los duelos ya no duran tanto —rebatió Enzo.

—¿Quieres que te la presente? —indagó Max, al darse cuenta de que su amigo desviaba la vista hacia la mujer.

—¿La conoces?

—Puede ser.

—Max, no necesito tus servicios de celestino, deja de intentar presentarme mujeres.

—Es un favor sin ninguna mala intención. Creo que necesitas salir más, ahora que tienes niñera y con Harriet haciendo de perro guardián...

—Hablemos de esto después de la reunión.

—Te invito a un *after office*. La trigueña también está invitada.

Enzo lo miró, pero en su mente resonaban las palabras de Julie:

«Deberías pasar los sábados con Phoebe».

A su vez, necesitaba algún tipo de distracción y hacía mucho que no tenía una relación con una mujer. Estaba un poco oxidado, pero con algo de práctica podría superar ese pequeño obstáculo. Es verdad que tenía una obligación con su hija, pero eso no significaba que debía mantenerse célibe.

Había olvidado cómo se sentía besar a una mujer o acariciarla. Lo que es peor, olvidó cómo se sentía todo eso. Con su esposa el fuego de la pasión se había extinguido mucho antes de que quedara embarazada. Lo suyo se había vuelto una relación monótona y rutinaria. Si bien Lara nunca fue muy expresiva ni cariñosa, los últimos meses antes de que se enteraran de que venía un bebé en camino se volvió mucho más distante. Y lo único que los unía fue lo que al final los separó. Basaron toda su relación en el deseo y la conveniencia. Se olvidaron de que una pareja debe cimentarse en algo mucho más profundo.

—Voy a pensarlo. No me presiones, Max.

Conversaron con los demás comensales y llegaron a un acuerdo que resultaría beneficioso

para las dos partes. Esto había resultado un gran logro que merecía ser festejado. Si bien Enzo no ganaría una gran cantidad de dinero, logró que muchos de los empleados del señor Mendoza conservaran sus puestos y firmaran nuevos contratos en condiciones inmejorables.

—¡Tenemos que festejar! —exclamó Max.

Enzo buscó con la vista a la misteriosa mujer, pero ya se había marchado.

—Voy a ir, acepto tu invitación.

—¡Vale un trago! —pronunció Max e hizo señas al camarero para que se acercara.

—Ahora no voy a acompañarte. Necesito estar sobrio y con todos mis sentidos alertas para la reunión con el señor Daniels —se excusó Enzo.

Max y él se conocían desde la universidad. Los dos seguían la carrera de negocios, pero el primero se especializó en finanzas, mientras que Enzo en fusiones y adquisiciones. Su amigo le prestaba los servicios de su empresa para algunos negocios puntuales. Desde siempre habían hecho un buen equipo y se tenían respeto, pero sobre todo lealtad.

—Estoy satisfecho con que hayas aceptado la invitación de esta noche. Pasaré por ti a las siete en punto. Supongo que seguirás en tu oficina.

—Estaré ahí, ahora debo ir a pelear con el rey de la selva de cemento. Ese Daniels no come banana para no tirar la cáscara, es desconfiado y tiene un carácter de los mil demonios.

—Él también enviudó hace poco. Preséntale a la tía Harriet. Harán una hermosa pareja —bromeó Max.

—El trabajo de Cupido es completamente tuyo, no te haré sombra —respondió Enzo.

—Me imagino a Harriet poniéndole horarios para ir al baño o para el frutidelicioso —se carcajeó Max antes de beber de su copa.

—No hagas eso, ahora no podré borrar esa imagen de mi mente. Cuando tenga a Daniels frente a mí me resultará difícil no imaginarlo con Harriet —replicó Enzo divertido.

—Solo lo hice para humanizarlo, es un hombre como nosotros, alguna debilidad debe tener, la tía abuela puede ser su Dalila. Piénsalo, lo tendrás comiendo de la palma de tu mano.

—Deja de decir disparates, Max. Me voy, tengo que preparar la reunión. Nos vemos a las siete.

Enzo salió del restaurante y recordó que debía enviar a un chófer para que llevara a Julie y Phoebe al pediatra. Se subió al coche, puso el móvil en manos libres y le ordenó que marcara a Roger.

—Jefe —saludó Roger.

—Roger, necesito que vayas a mi casa. Debes llevar a la señorita Julie Mendoza y a mi hija al pediatra. Tienen cita a las tres en punto.

—Como usted ordene —respondió el hombre al otro lado de la línea.

—Gracias, Roger, te recompensaré por tus horas extras.

—El que debe agradecer soy yo, Enzo. No te preocupes, que llevaré y traeré a las damas sanas y salvas.

—Confío en ti.

No se dijeron sus nombres, solo sabían que tenían un amigo en común.

Aunque aceptaba que estaba cometiendo una insensatez, Enzo se dejó llevar por el instinto. Había echado de menos la sensación que producían las caricias lentas y sensuales de una mujer.

Ella lo observó de manera seductora antes de besar sus labios. Sus lenguas chocaron consiguiendo reavivar la pasión que Enzo creía haber perdido.

La mujer se volvió fuego en sus brazos, alcanzando tal profundidad hasta que se fundieron en un jadeo entrecortado que poco a poco fue disminuyendo, así como sus movimientos. Él se desplomó sobre el colchón exhausto. Cerró los ojos unos segundos intentando controlar su agitada respiración. Ella se quedó contemplándolo con una sonrisa amistosa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Enzo.

Ella no respondió de inmediato, pensó por un instante y negó con la cabeza. Él hizo un mohín y ambos sonrieron.

—¿Volveré a verte? —insistió.

—Claro —respondió ella al tiempo que asentía con la cabeza.

Terminó de vestirse bajo la desconcertada mirada de Enzo, se inclinó hacia él y dejó un suave y húmedo beso en sus labios.

—Por lo menos deja que te lleve a tu casa —ofreció él.

Ella se acomodó la trigueña melena y lo miró con esos ojos pardos que resaltaban por el bronceado natural de su piel.

—Será la próxima, si es que llega a haber —rebatía la mujer mientras cogía su bolsa de la mesita de noche.

Enzo ya no supo qué decir y solo la miró mientras ella se alejaba desapareciendo en el cuarto contiguo. Escuchó el clic de la puerta de salida al cerrarse y supo que se había marchado. Su

móvil comenzó a vibrar anunciando la llegada de un mensaje, cuando logró sostenerlo vio que era de Harriet. Eran las once de la noche, y desde que su tía vivía con él jamás llegó después de las siete de la tarde y mucho menos un sábado. Se apuró en responder y luego se vistió a toda prisa. Seguía perplejo por la actitud de la mujer.

¿Estás bien, Enzo? Estamos preocupadas por ti
11:01

***Tuve una reunión que se extendió más de lo debido,
pero ya estoy en camino***
11:01

Salió al pasillo y llamó al ascensor. Mientras esperaba, marcó a Max. No esperó a que su amigo saludara y dijo:

—¿Quién es esa mujer? Júrame que no has pagado por...

—Por quién me tomas, Enzo, deja el complejo de Richard Gere.

—Entonces dime su nombre.

—Se llama Hannah Laurens, es modelo. Hace mucho que me pidió que los presente, pero tú todavía no estabas preparado para eso.

—Sigo sin estarlo, Max.

Las puertas del elevador se abrieron y por suerte estaba vacío. Enzo pulsó el botón del subsuelo donde había dejado estacionado su coche.

—Deja el melodrama, Enzo, ¿lo pasaste bien?

—Eso no importa.

—Es lo único que importa, amigo.

—Me siento usado, ahora estoy haciendo “el paseo de la vergüenza”, huelo a sexo y alcohol.

—A cuántas habrás hecho sentir así. El karma es un verdugo implacable, hermano. —Max se carcajeó con ganas.

—El lunes hablaremos, iré a visitarte —dijo Enzo antes de cortar.

Capítulo 12

Julie logró hacer dormir a Phoebe, pero tuvo que acostarse a su lado. Hizo todo lo que el pediatra le había indicado y tuvo efectos fructuosos. Sintió que ganó una batalla muy difícil, pero la recompensa era hermosa: dormir toda la noche, sin llantos ni berrinches. Escribió un mensaje de buenas noches a su madre y otro a Clara y se acomodó junto a la pequeña, muy pegada a la pared. Despejó la frente de la niña de unos rizos rebeldes dejando un dulce beso de buenas noches en su mejilla y dijo:

—Buenas noches, Phoebe, que sueñes con los angelitos.

La bebé sonrió y abrazó al muñequito de trapo que no dejaba ni a sol ni sombra.

A punto de dormir estaba cuando un ruido y unas cuantas maldiciones amortiguadas llamaron su atención. Se levantó con cuidado, miró la hora en su móvil, faltaban quince minutos para la media noche. Con sigilo caminó hasta la puerta y la abrió lentamente, asomó la cabeza para inspeccionar el pasillo iluminado por una tenue luz.

—Julie —susurró Enzo—, discúlpame, no quise hacer ruido, pero he pisado un juguete.

Julie miró sorprendida al hombre. Tenía colgado en un brazo izquierdo su chaqueta y en la mano derecha llevaba sus zapatos y rengueaba de un pie.

—¿Te hiciste daño? —murmuró ella saliendo al pasillo. Se acomodó la bata cruzando los brazos sobre el pecho.

—No es nada, es que no quería despertar a tía Harriet —dijo en voz baja acercándose a la joven.

Julie arrugó el gesto cubriéndose la boca y la nariz con una mano.

—Ella me dijo que tomaría su clonazepam para no estar despierta cuando llegues, estaba enfadada —dijo Julie detrás de su mano.

—¿Se huele mucho?

—Apestas a tabaco y alcohol, ¿así viniste conduciendo?

—No he bebido tanto, pasaría un test de alcoholemia.

—Si tu lo dices, pero te recomiendo darte una ducha y cepillarte los dientes antes de hablar con Harriet.

—Es mejor dejarla dormir, ¿cómo está Phoebe?

—Duerme como un angelito, hice todo lo que me indicó el médico, pero igual pienso dormir

con ella esta noche.

—Gracias, Julie, es mejor que vayamos a descansar, los domingos la tía Harriet se levanta muy temprano y nos obliga a todos a hacerlo.

—No puede ser.

—Siento decirlo, pero es así.

Julie vio como Enzo ceñía el entrecejo.

—Te duele la cabeza, voy a traerte agua, es mejor que te hidrates.

—¿Sabes sobre las resacas?

—No he sido una santa, tuve mis días de fiesta como cualquier chica.

—Pues no aparentas haber sido ese tipo de chicas.

—Sé disimular muy bien, he practicado mucho con mis padres.

Enzo ahogó una risa y sacudió la cabeza.

—Acepto el vaso de agua y si viene acompañada de un analgésico me vendría fenomenal.

—Ve a tu habitación, que yo te lo paso, pero que no se haga costumbre. Soy la niñera de Phoebe, no del señor Novak —bromeó Julie.

Entró a la cocina y se topó de frente con Harriet.

—¿Llegó Enzo? —preguntó mientras se rebuscaba en una gaveta.

—Ya está durmiendo —respondió Julie.

—Fue una pregunta retórica. Eres su cómplice encubridora. No intentes mentirme, jovencita, los vi charlando en el pasillo —musitó Harriet—. Toma, dale esta pastilla y llévale el agua.

—Harriet...

—Shh... no intentes justificarte. Ahora podré dormir tranquila. —Harriet se marchó sin mirar atrás.

Julie resopló resignada, cogió un vaso y lo llenó con agua fresca, lo puso en una bandeja y a su lado la pastilla. Subió las escaleras en puntas de pie y rauda se dirigió a la habitación de Enzo. La puerta estaba abierta por lo que entró sin anunciarse. Estaba dejando la bandeja sobre el buró cuando escuchó que la puerta del baño se abrió.

Por unos segundos se quedó absorta, mirando al hombre que se paseaba hacia ella con el torso desnudo y una pequeña toalla blanca que le cubría desde las caderas hasta las rodillas.

—Eres un amor, muchas gracias.

Julie movió la cabeza hacia un lado y otro, luego la agachó y se cubrió los ojos con la mano.

—No ha sido nada, pero te aviso que Harriet nos vio hablando en el pasillo. Ella me dio el analgésico. Me ha llamado cómplice encubridora y luego se fue a dormir.

—Se le pasará, no te preocupes.

Julie escuchó reír a Enzo.

—¿Te estás burlando de mí?

—Me hace gracia que evites mirarme, ya me he puesto ropa —dijo.

Julie descubrió su rostro y lo observó.

—Hasta mañana —se despidió, y se fue como alma que lleva al diablo.

No podía creer lo tonta que había sido, se comportó como una adolescente. Ni siquiera esperó a que Enzo se despidiera. Escuchó que murmuró algo a su espalda, pero no alcanzó a oírlo. Entró a la habitación de la pequeña, se acostó en una cama que Harriet había hecho ubicar junto a la de la niña y se cubrió con la sábana hasta el mentón. Se quedó mirando el techo pensando en su jefe. No debía hacerlo, pero era inevitable. Había tenido un par de novios y los vio como Dios los trajo al mundo muchas veces; como le había dicho a Enzo, no era una santa. No entendía porque el señor Novak la hacía sentir tan torpe, pero necesitaba sacar esto de su sistema. Había muchos obstáculos entre ellos: la edad, el drama de su padre y, lo más importante, era su jefe.

«Es tu jefe, deja de ser tan ridícula», pensó.

Tal vez, si se repetía eso mil veces comenzaría a creérselo.

Capítulo 13

Se estaba por cumplir un mes desde que Julie aceptó el empleo. Ella y Phoebe habían creado un fuerte vínculo y todo parecía ir viento en popa, con Harriet era como si siguiera a prueba. Con su mamá era otro cantar, había comenzado a hacer muchas preguntas que Julie no quería responder. Con Enzo llevaba una relación bastante normal entre jefe y empleada. Lo estaba conociendo y lo que pudo aprender acerca de él fue que era un poco arrogante, adicto al trabajo y que le dedicaba poco tiempo a las cosas que en realidad importan. Descubrió que era el típico hombre de negocios, en apariencia triunfador. Lo que también pudo ver es que tal vez, ella estaba equivocada con respecto a él, que George tenía razón y no debió juzgarlo con tanta severidad, si bien era estricto, no parecía una mala persona, menos alguien capaz de producir la muerte de otro ser humano.

Aunque se repetía una y otra vez que ella no tenía derecho a opinar, no podía evitar juzgarlo, por lo menos en lo referente a Phoebe, tenía bastante experiencia en eso. Enzo le recordaba a su padre. Le dolía pensar que la pequeña Phoebe tenga que pasar por lo mismo que ella.

—Señor Novak —lo llamó.

—Creo que ya nos tuteamos —dijo Enzo.

—Solo quería recordarte que prometiste acompañarnos al parque —dijo Julie.

—Tengo mucho trabajo —respondió él al tiempo que miraba la hora en su reloj.

—Sé que no tengo derecho a ...

—Antes de que sigas —la interrumpió fijando la vista en su rostro—, debo decirte que no estoy de humor para escuchar sermones, Julie, te contraté para que me hagas más fácil la vida, no para que me digas cómo vivirla.

La descortesía de sus palabras dejó a Julie boquiabierta. Resopló enfurruñada y se mordió la lengua para no vomitar todo lo que pensaba.

Tomó aire antes de continuar:

—Estoy un poco molesta —soltó.

Enzo no disimuló su disgusto, sin embargo dijo:

—De acuerdo, hablemos.

—En el salón, no quiero que Harriet nos oiga.

Él le indicó el camino, aunque ella lo conocía muy bien. Una vez en el salón se pararon uno frente al otro como dos adversarios.

—Suéltalo —dijo él.

—Es una lástima que no te des cuenta de lo mucho que te estás perdiendo, Phoebe crece muy rápido, no digo que dejes de hacer lo que te gusta, pero siento que no le estás prestando suficiente atención...

—No tengo porque darte explicaciones, ni siquiera a Harriet se las doy —dijo Enzo con frialdad.

—Phoebe te necesita, en especial porque solo te tiene a ti, sé que no es de mi incumbencia —murmuró Julie airada.

—Tienes razón, no es de tu incumbencia —dijo Enzo.

—Veo que no te gusta escuchar —negó con la cabeza—, solo quiero hacer lo mejor para tu hija, aunque no creas le tengo mucho cariño, es una niña muy cariñosa e inteligente, cada día aprende algo nuevo y es genial poder ver eso...

—Lo que no me gusta —volvió a interrumpirla— es que una niñera me de charlas de psicología barata.

—Con razón no duran las niñeras, había pensado que era Harriet la que las espantaba, pero en realidad eres tú, una vez que tomas confianza se cae esa máscara de buen padre que muestras al inicio.

Enzo se enrojeció. Sabía que la mujer que en ese momento lo miraba con ojos centelleantes llevaba la razón, pero no estaba dispuesto a darle explicaciones.

—Eres muy suspicaz —apuntó Enzo con sarcasmo.

—Creo que estás comenzando a caerme mal —declaró Julie, sosteniendole la mirada.

—Estaba seguro de que siempre te he caído mal —Enzo levantó una ceja y torció la boca con una media sonrisa burlona.

—Es mejor que me encargue de Phoebe, tengo que llevarla al parque. —Indignada dio media vuelta para ir a la habitación de la niña.

Enzo la cogió de la muñeca para evitar que se vaya.

—Siento haber sido tan grosero —se disculpó.

—Nos estamos conociendo —fue todo lo que acotó Julie, y se giró para mirarlo con severidad antes de marcharse.

Como cada tarde Julie llevó a Phoebe al parque, ya que, según Harriet, debía compartir con niños de su edad y tomar el sol. Acomodó a la niña en su carriola y caminó las pocas cuadras que

separaban la casa del parque. La primavera en Brooklyn era la mejor estación del año, sobre todo a finales de abril cuando los cerezos comenzaban a lucir sus primeras flores y se convertían en un espectáculo natural digno de ser admirado.

Al adentrarse en Prospect Park, fue recibida por un despliegue de colores y fragancias, el murmullo de la suave brisa meciendo la vegetación creaba una atmósfera mágica que parecía invitarla a perderse en su sereno encanto. Era justo lo que necesitaba en aquel momento. La pseudodiscusión que tuvo con Enzo la había dejado intranquila. No podía creer lo mucho que él había cambiado en tan poco tiempo, pero ella sentía un compromiso real con la niña, se propuso no abandonarla como lo hicieron las demás niñeras. Además, necesitaba el sueldo, estaba ahorrando cada centavo, tenía una meta y no pararía hasta lograr tener lo suficiente como para continuar con sus estudios.

Se dirigió al extremo del parque dónde se encontraban los juegos para niños y tomó asiento en el banco de siempre. Phoebe todavía no podía corretear, además se había quedado dormida en el trayecto. Acomodó el cochecito frente a ella y sacó el móvil para escribirle a Clara y enviarle una foto de la niña. Su teléfono sonó al instante.

—Hola, Clara —saludó.

—Julie, ¿cómo estás? —respondió la mujer.

—Bien, extrañando estar en casa, pero bien. Has visto qué mona está Phoebe, ya sabe decir mi nombre —comentó con entusiasmo Julie.

—Es una niña hermosa y tiene mucha suerte de tenerte a ti —aseveró Clara con cariño.

—Hoy he discutido con Enzo, digo, con el señor Novak. —Hizo silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Clara.

—Le he dicho que le presta poca atención a su hija, es que me recuerda tanto a mi padre, no digo que sea un mal hombre, pero un hijo no solo necesita que cubras sus necesidades económicas, también requiere tiempo de calidad y cariño —soltó Julie con evidente frustración.

—Julie, te entiendo, pero no puedes recriminar a tu jefe —Clara suspiró—. Él parece un buen hombre, solo que está acostumbrado a solucionar todo con dinero, ese es su idioma, es su manera de demostrar amor.

—Pues se equivoca, y no sabe el daño que va a causarle a su hija. Yo lo viví en carne propia, un día despiertas y tienes que enfrentarte al mundo real, es duro, porque los padres no son eternos y, el dinero se esfuma de un momento a otro, no tenemos que dar nada por sentado.

—Eres una buena chica, Julie, estás madurando y haciendo lo mejor que puedes, me hace tan feliz que así sea, pero no te encariñes con esa familia. Tú estás para algo más grande, debes aspirar a algo mejor que ser una niñera.

—Y lo hago, Clara, pero no puedo evitar tener pena por la niña, mientras yo esté a su cuidado

voy a hacer lo mejor para ella. No pienso callarme si veo que están haciéndole daño.

—Te comprendo, lo único que puedo decirte es que no podrás cambiar a nadie, pero tú puedes darle el cariño y la contención que necesite, tienes un buen corazón, Julie.

—Lo haré, Clara, no lo dudes ni por un segundo —dijo Julie, y miró a la bebé que dormía tranquilamente. Se inclinó con cuidado hacia ella y le acarició la manito.

—¿Vendrás este fin de semana? —indagó Clara.

—Es la idea, pero tengo que ver si al señor Novak no se le ocurre pedirme que me quede, sospecho que está teniendo una aventura, y eso no le gusta a Harriet.

—Es un hombre adulto, no tiene compromiso con nadie, por lo que puede hacer lo que quiera —dijo Clara.

—Puede, pero sí que tiene un compromiso, y es nada más y nada menos que con su hija —replicó Julie.

—¿Será que a ti no te gusta que tenga novia? —preguntó Clara con sospecha.

—Puede hacer lo que quiera, a mí solo me preocupa que me pague el sueldo a tiempo y que sea un buen padre para Phoebe —razonó Julie.

—Te has encariñado demasiado con la niña —comentó Clara.

—Resulta difícil no hacerlo, es un amor. El que una personita dependa completamente de ti y te demuestre ese amor auténtico, sin segundas intenciones, es refrescante, me ha ayudado a superar la muerte de mi padre y todo lo que trajo consigo aquella pérdida. Me mantiene ocupada para no hundirme en mi pena. —Un pitido interrumpió el soliloquio de Julie.

—Creo que ya están los pastelitos —dijo Clara.

—Te dejo trabajar tranquila, me alegra que hayas decidido emprender por tu cuenta, estoy segura de que te irá genial. Nos vemos el sábado de tarde —se despidió Julie.

—Hasta el sábado, mi niña, te envío un beso y otro a Phoebe —dijo Clara, y cortó la llamada.

Si su día había comenzado fatal, no sabía lo que le esperaba por la tarde. No terminó de guardar el móvil cuando la bebé se removió, no pudo soportarlo y la cogió en sus brazos, pero alguien la saludó sobresaltándola.

Capítulo 14

Enzo se dio cuenta de la estupidez que había cometido al instante en que vio a Julie desaparecer tras las puertas del salón. Masculló un improperio al tiempo que cerraba los ojos y negaba con la cabeza. Pero no tenía tiempo, debía ir a la oficina a arreglar un asunto de suma importancia. Él tenía mucha presión. Una gran cantidad de personas, aparte de Phoebe, dependían de su buen juicio. Necesitaba vacaciones, pero no confiaba en nadie para dejarle sus asuntos. Es verdad que le gustaba ganar dinero, pero también se involucraba demasiado con las necesidades de sus colaboradores.

Una ansiedad incontenible lo invadió. Los problemas con la nueva adquisición le estaban rompiendo los nervios. Pensó en su nueva amiga con derecho, Hannah Laurens. Ella parecía entenderlo, aparte de compartir intimidad, lo escuchaba sin juzgar. Era una mujer hermosa, inteligente, independiente, moderna y con modales exquisitos. Le escribió y la invitó a pasear, se le ocurrió que podía presentarle a Phoebe, y así cumplir con la demanda de Julie: compartir tiempo de calidad con su hija. Fue a la oficina, entrevistó a varios proveedores, habló con los encargados del nuevo proyecto y fue a por Hannah.

Cuando llegaron al patio de juegos del Prosper Park no pudo evitar conmoverse con la imagen de Phoebe en los brazos de Julie.

—Allí están —le indicó a Hannah con el dedo, y se acercaron.

—Buenas tardes, Julie —saludó Enzo, asustando a la muchacha que levantó la vista hacia él y luego la desplazó hacia su acompañante.

—Buenas tardes, señor Novak —le devolvió el saludo.

Enzo, en esta ocasión, no la corrigió.

—Hola, soy Hannah, amiga de Enzo —se presentó la elegante mujer e hizo hincapié en la palabra “amigos”, dando a entender que eran algo más que eso.

Enzo la miró sorprendido, pudo percibir la doble intención en el tono de la mujer. Pero no le dio importancia. De manera implícita y a través de sus actos, estaba muy claro que no tenían una relación sentimental, solo eran amigos con derecho a roce.

—Un gusto —respondió Julie con la confusión bailando en sus ojos.

Phoebe se abrazó a ella, evitando a la pareja.

—Y ella es Phoebe, mi princesa —dijo Enzo e intentó cogerla, pero la niña se negó lloriqueando.

—Le están saliendo las muelas, eso la tiene de malhumor —la justificó Julie, envolviéndola en un abrazo protector.

—Es una niña preciosa —comentó Hannah, y sonrió de manera artificial, exponiendo su perfecta y blanca dentadura.

—Lo es —ratificó Julie, y sonrió con orgullo.

—Vinimos para pasar la tarde con Phoebe —le informó Enzo.

—En realidad estaba pensando regresar a la casa, al parecer ella está con un poco de fiebre...

—¿Fiebre? —inquirió Enzo preocupado.

—Nada grave, es normal cuando le están saliendo los dientes, aunque igual se deben tomar ciertas precauciones...

—Estás son las cosas que sí me importan, Julie, es lo que debes informarme —le recriminó Enzo.

—Si usted se preocupara más por su hija, hubiese sabido este tipo de detalles, con Harriet lo tenemos perfectamente bajo control...

—Me parece que te estás pasando de insolente, tu deber es para conmigo, soy yo el que paga tu sueldo y, si insistes en hacer las cosas a tu manera, creo que...

Julie lo miró con las dos cejas levantadas y los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las cuencas.

Hannah observó la interacción entre jefe y empleada en completo silencio, pero con un gesto adusto que dejaba ver su incomodidad.

Enzo suspiró, se pasó la mano por el cabello y volvió a hablar.

—Entonces es mejor que las lleve a casa —murmuró intentando controlarse.

Julie no lo contradijo, pero la mirada se le empañó.

Enzo pudo percibir un pequeño temblor en la mano que tenía sobre la espalda de la pequeña. En silencio caminaron hacia el estacionamiento.

«¿Qué me pasa con esta muchacha?», pensó mientras subía la carriola en el porta bultos del coche. Luego se acomodó en el asiento del conductor y, antes de arrancar, acarició la rodilla de Hannah.

—Lo siento mucho —susurró—, voy a compensarte, te llevaré a cenar.

—Acepto complacida —respondió la mujer antes de besarlo con sensualidad en la mejilla.

Julie no podía creerlo. Pero se mantuvo impasible durante el corto trayecto hasta la casa.

—Fue un placer —dijo, y se bajó del coche sin esperar a que Enzo le abriera la puerta.

Entró a la casa sin mirar atrás. Phoebe comenzó a llorar llamando a su papá.

—¡Oh! —dijo Harriet al verlas—, pensé que tardarían un poco más, ¿le sucedió algo a Phoebe? —indagó preocupada.

—Nada, solo está un poco inquieta por la muela que le está saliendo —respondió Julie.

—¡Tía! —saludó Enzo entrando a la casa, llevaba a la supermodelo cogida de la mano.

Julie giró la cabeza para observarlos y luego miró a la anciana que arrugó el gesto al instante. Tenían muchas diferencias con Harriet, Julie sabía que no le caía bien, pero en ese momento, al parecer, le caía peor la acompañante de su sobrino nieto.

—Iré a cambiar a Phoebe —se excusó, antes de subir las escaleras.

—No tarden —dijo Enzo, y añadió—: Tía, te presento a Hannah.

Julie terminó de subir y se asomó para ver lo que hacían abajo.

La mujer extendió la mano hacia la tía.

—Harriet —respondió la anciana e hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, dejando a la mujer con la mano en el aire.

—Mi tía prepara el mejor café de Brooklyn, y va a invitarte uno acompañado por una de sus deliciosas tartas de ricota —dijo Enzo—. Mientras tanto iré a hablar con la niñera, con permiso.

Julie se desesperó al verlo girar hacia las escaleras. Se fue corriendo a la habitación. Phoebe comenzó a reír pensando que estaban jugando como tantas veces lo hacían.

—Pequeña, pequeña, corazoncito de Julie —dijo la muchacha dejando a la niña sobre el cambiador.

Enzo entró, pero Julie no le hizo caso, continuó con su labor sin inmutarse.

—¿Suced algo? —preguntó Enzo.

—Nada, todo está bajo control —respondió Julie.

—¿A qué juegas? —indagó él.

—¿Cómo?

—No te entiendo, ¿cuál es tu juego, Julie?

—Solo hago mi trabajo, nada más que eso. Me va a disculpar si lo incomodé de alguna manera, esa no fue mi intención, pero le aseguro que jamás, nunca, nunca, nunca...

—Silencio —gruñó Enzo exasperado por la alborotada Julie.

—No le responderé porque estamos frente a la niña, pero más tarde sabrá a qué juego, señor Novak.

—¿Es una amenaza?

—Ese tipo de cosas se aleja mucho de las enseñanzas de mi padre, se le olvida que soy hija de Oliver Mendoza, me criaron como a una dama, fui al mejor instituto de Nueva York y estuve, no, mejor dicho, estoy, porque lo haré, por recibirme en la universidad —respondió Julie, mientras cambiaba el pañal de la niña que abrazaba y mordía a su muñeco de trapo.

—¿Hace falta llevar a Phoebe al médico? —preguntó Enzo acercándose a la pequeña que estiró los bracitos buscando que su padre la aupe—. Ven preciosa —dijo, y la alzó cuando Julie terminó de cambiarla.

—No hace falta, voy a darle el medicamento que el doctor le recetó, es solo por la dentición —explicó Julie con calma.

—Haces un buen trabajo, Julie, creo que no te he agradecido por eso —murmuró Enzo, mientras mecía a la niña en sus brazos.

—Es mi trabajo —respondió ella.

—Intento ser amable —dijo él.

—Entonces, gracias —musitó la joven.

—Quisiera disculparme, Julie, no me he comportado como un caballero, he traído problemas del trabajo a la casa y eso no es justo para ninguno de nosotros, pero en especial para mi hija y para ti. —Caminó hasta quedar frente a ella.

Ella no quería responder, estaba enojada. Pero no podía hacer otra cosa que ceder.

—Lo entiendo, sin embargo, quiero que hablemos —dijo, intentando sonar firme.

—Podemos hablar mañana —sugirió Enzo.

—Es mi fin de semana libre, pero me queda bien el lunes —propuso ella.

—Claro, lo había olvidado, el lunes está perfecto —dijo él, y añadió—: Me gustaría contratar a alguien para que venga los fines de semana. ¿Me ayudarías con la selección y entrenamiento?

—Por supuesto —accedió Julie.

—Hagamos la paces —dijo Enzo, mientras acomoda a Phoebe en el corralito. Se giró hacia Julie y le pasó la mano.

—Bien... —Tras vacilar un momento, Julie decidió arriesgarse, aceptó su mano y añadió con

una sonrisa—: Aunque debo mencionar que me confunde. Se preguntó si el resto de su cuerpo era igual de sedoso. Se miraron con sorpresa.

Capítulo 15

Atrapada en su fascinación, Julie sintió que todo el cuerpo le temblaba. No pudo evitar que sus ojos fueran directo a los labios de Enzo.

De repente Enzo pareció recordar algo, tal vez que ella era la niñera de Phoebe, o que era la hija del hombre cuya muerte pesa en su conciencia y se apresuró a apartar la mano.

—Tengo que salvar a Hannah de la tía Harriet —dijo, y se fue.

El encanto del momento se rompió, pero el ambiente siguió cargado de tensión por varios segundos, hasta que Phoebe comenzó a llorar sacándola de su ensoñación. Se pasó las manos por el cabello, respiró hondo y su pulso comenzó a estabilizarse.

—¡Maldición! —murmuró entre dientes, y miró a la bebé—. Jamás repitas esto, Phoebe, la tía Harriet me mataría si sabe que digo palabrotas frente a ti.

Cogió a la niña entre sus brazos y terminó de cambiarla. Volvió a bajar con la esperanza de que Enzo y Hannah se hayan marchado. No quería verlos juntos, no sabía muy bien la razón, pero le molestaba.

«¿Acaso estoy celosa?», se preguntó mientras bajaba las escaleras. «No claro que no?», reflexionó.

Al otro día se levantó muy temprano, le gustaba dejar todo lo que correspondía a Phoebe en orden, para hacerle más fácil la faena a Harriet. Desayunó a toda prisa. Cuando estaba lavando su taza entró Enzo a la cocina.

—Te has levantado muy temprano —apuntó, mientras recorría con la mirada la encimera en busca de café recién hecho.

—Tengo mucho que hacer antes de irme —respondió Julie.

—Eres muy responsable —murmuró Enzo.

—Hay café recién hecho. —Julie señaló la cafetera.

—Gracias, lo necesito.

—¿Hoy no trabajas? —indagó Julie, al tiempo que enjugaba la cuchara.

—Voy a pasar el sábado en casa, con Phoebe y Harriet —respondió él, y añadió entre dientes —: Un divertidísimo plan para un sábado.

—Es lo que toca cuando traemos hijos al mundo —respondió ella, y le pasó una taza.

—Sigues molesta conmigo —afirmó él.

—Para nada, solo te recuerdo tus obligaciones como progenitor —dijo ella con sarcasmo.

—Tengo muy presente mis obligaciones, Julie, no necesito que seas mi apuntador. —Sonrió cogiendo la taza.

—Genial, todo está ordenado, las comidas de Phoebe hechas y no falta nada: pañales, horarios de medicina...

—Lo sé, gracias de nuevo —dijo él, y se sentó en una de las butacas.

—Entonces me voy, nos vemos el domingo por la noche —dijo ella.

—Voy a llevarte, así aprovechamos el trayecto para adelantar nuestra charla del lunes —propuso Enzo.

—Agradezco tu amabilidad, pero no hace falta...

—Vamos —dijo él, y se incorporó después darle un último trago a su café.

—Tengo que pasar por el mercado...

—Iremos al mercado —dijo Enzo, y la cogió de la mano arrastrándola hacia la puerta de la calle.

—Espera, mi bolso...

Enzo estacionó frente al *Brooklyn Borough Hall Greenmarket*, descendió del coche y le abrió la puerta a Julie.

—Gracias —dijo ella, y aceptó su mano para bajar.

—Aquí encontrarás un poco de todo, es el mercado preferido de Harriet —comentó Enzo, mientras caminaban hacia la zona de expositores.

Julie se fijó en el móvil la lista que le había enviado Clara y comenzaron a recorrer los puestos.

—Parece que van a cocinar para un ejército —bromeó Enzo, y cogió las bolsas que Julie tenía en las manos.

—Clara tiene un nuevo emprendimiento, solo quiero colaborar con ella, es lo menos que puedo hacer —comentó Julie.

—¿Qué querías decirme, Julie? —preguntó Enzo, y la miró con el entrecejo fruncido.

—Como sabrás, mi intención es terminar los estudios, estuve averiguando sobre becas a las que puedo postular, pero no me puedo dar el lujo de estar sin empleo...

—Solo dilo, no hace falta que des tantas vueltas, ¿vas a dejarme?

A Julie le sonó a reclamo, dejarlo, esa palabra resonó en su mente como un eco en una habitación vacía.

—¿Dejarte?

—Sí, a mí y a Phoebe.

—En realidad, no es mi idea, solo quiero arreglar mis horarios...

—¿Era eso?

—Sí, era eso, no sé, tal vez podemos encontrar la manera para que esto funcione.

Fuera de contexto, la conversación parecía de una pareja que se estaba pidiendo tiempo.

Julie observó a Enzo, que tenía la mirada perdida en el puesto de frutas.

—Me gustaría, sin embargo, Phoebe necesita supervisión permanente, y Harriet ya no puede con todo.

—Tal vez podemos contratar a alguien más, yo puedo ganar menos, lo único que me importa es cubrir mis gastos estudiantiles y ahorrar un poco.

—El dinero no es problema para mí, Julie, solo que estoy cansado de cambiar y cambiar de niñera, creo que eso puede afectar a mi hija.

—A mí no me gustaría dejarla, le he tomado cariño, y creo que ella también a mí.

—Déjame pensar en algo, el lunes te daré una respuesta.

—Gracias por la comprensión, espero que podamos solucionar este pequeño inconveniente.

—Mi trabajo es encontrar soluciones que beneficien a todos los involucrados.

—Al parecer sabes hacer tu trabajo, aunque no eres infalible...

Julie hizo silencio, el recuerdo de su padre y la manera tan abrupta que se fue, evocó sentimientos encontrados en la joven. Todavía creía que el hombre que estaba junto a ella, en parte, era culpable por lo sucedido con el señor Mendoza.

—Siempre existe un margen de error, a veces daños colaterales, pero intento que sean mínimos.

—Ya tengo todo lo que necesito —le informó Julie, cambiando de tema, porque no quería recordarle lo de su padre.

—Sería agradable degustar lo que Clara cocina —dijo él, y sonrió con amabilidad.

—Te invito a desayunar —propuso ella.

—Acepto —respondió Enzo.

En la puerta del edificio de apartamentos se encontraba un joven con un ramo de flores en la mano. Por su apariencia no era un mensajero. Julie se puso nerviosa, creyó que jamás volvería a verlo, pero ahí estaba de punta en blanco como siempre, endiabladamente apuesto como lo recordaba.

—Julie —dijo él al verla bajar del coche.

—Sebastian —respondió ella.

—¿Cómo has estado? Apenas me enteré de la muerte de tu padre vine a verte, George me dio tu dirección, me dijo hoy estarías en casa.

—Estoy bien, Sebastian, te presento a Enzo, mi...

—Amigo —dijo Enzo, y extendió la mano para saludar al muchacho.

—¿Enzo? ¿Enzo Novak? —indagó con vehemencia el joven.

—Ese soy —respondió Enzo.

—Es un verdadero placer conocerlo, señor Novak —balbuceó, con nerviosismo.

—Sebastian, ahora no puedo atenderte, tengo algo muy importante que hacer, pero si me marcas en la semana podemos quedar para tomar un café —le dijo Julie.

—No, no tengo tu número, he perdido el móvil y con él el número de muchos...

—Excusas —susurró Julie.

—¿Qué? —preguntó Sebastian.

—Dame tu número y yo te llamo —respondió Julie, y sacó el móvil del bolsillo trasero de sus jeans. Agendó el número de Sebastian y añadió—: Hablamos la semana que viene.

El joven estaba un poco perdido, avergonzado con las flores en las manos. Sacudió la cabeza negando y dijo:

—Perdón, te he traído estas flores. —Se las pasó.

—Gracias —dijo Julie, y las cogió con reticencia.

—Bueno, me voy, hasta luego señor Novak —se despidió.

Julie lo observó mientras se alejaba, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Por un momento sintió lástima, pero al recordar su ingratitud se le pasó.

—Intuí tensión ahí —comentó Enzo.

—Para nada —fue lo único que dijo Julie, antes de abrir la puerta del edificio e invitarlo a pasar.

—Traeré las compras —dijo él, y se fue casi trotando hasta el maletero del coche.

Enzo recorrió con mirada el pequeño, pero coqueto departamento. Clara, a pesar de haber sido amable, lo observaba con cierto recelo. Por supuesto que la comprendía, sin embargo le dolía que lo trataran con tanta desconfianza. Lo dejaron solo en el salón y fueron a la cocina, podía escuchar como cuchicheaban. Se levantó para simular que miraba un cuadro, y así acercarse a la puerta de la cocina para oír la charla.

—Estaba en la entrada —oyó comentar a Julie.

—¿Qué te dijo? —indagó Clara.

—Nada, no lo dejé hablar, además, estaba el señor Novak. Por poco se hizo pipi cuando le dijo su nombre, sigue siendo un interesado, no pienso volver a hablar con él.

—Ve a llevarle esto al hombre, no lo dejes ahí solo —dijo Clara.

Enzo se apuró en ir hacia el sillón, se sentó justo cuando Julie apareció con una bandeja de dulces y café, que dejó sobre la mesita de centro.

—¿Sigues enamorada de él?

A Enzo le sorprendió su propia pregunta, pero antes de que pueda retirarla Julie respondió:

—No, pero sigue haciendo que me sienta como una tonta.

Enzo dejó la prudencia a un lado, se puso de pie y se acercó a ella cogiendo sus manos entre las suyas. Su mirada se perdió en sus pequeños y sensuales labios. Deseaba saborearlos. Tras un momento de silencio, Julie carraspeó con nerviosismo. Enzo soltó sus manos de golpe y se alejó. Ella lo miró sorprendida.

No quería volver a enamorarse, su experiencia en ese campo fue fatal. Además, Julie era su empleada, la niñera de su hija, sentía que tenía algún tipo de ventaja sobre la muchacha. Aunque ella le había demostrado ser bastante difícil de manejar, no tenía problema en decirle las cosas a la cara. Quizás era eso lo que le gustaba, que no lo traten con cuidado, que no le den la razón en

todo y que le digan sus verdades sin miedo.

—Clara va a enojarse si no comes lo que te envié —dijo Julie, cortando su monólogo interno.

—Todo se ve exquisito, sentémonos —la invitó.

—Le está yendo muy bien, ahora debe ir a entregar un pedido —comentó Julie, al tiempo que endulzaba su café.

—Regreso en un rato —informó Clara, llevaba un paquete en las manos y salió, cerrando la puerta tras ella.

—Es admirable, se nota que le tienes mucho cariño —dijo Enzo, se llevó un pastelito de crema a la boca y le dio un mordisco.

—¿Te gusta? —indagó Julie, antes de probar un *cannoli*.

—Te pido —habló con la boca llena—, que no le digas esto a Harriet, pero es mil veces mejor que los pastelitos que prepara ella. —Terminó de tragar y lo empujó con un poco de café amargo.

Julie soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Este será nuestro secreto —aseguró, y bebió de su taza.

Enzo observó cómo ella se pasaba la lengua por el labio. Una pequeña mota de crema quedó en la comisura de su boca. Él se aproximó y lo limpió con el pulgar. Se miraron con una expresión intensa en un gesto íntimo y cálido. A pesar de que sabía que no era prudente, la besó, no pudo contenerse. Ella no se opuso. Sus labios sabían a café, eran suaves y dulces.

A Julie la sangre le ardía en las venas, con un movimiento súbito, lo abrazó, profundizando el beso.

—Enzo —gimió ella contra sus labios, cuando él la apretó con fuerza contra su pecho sin dejar de besarla.

Sintió la rigidez de sus músculos, sus labios y su lengua la besaban con exigencia. La soltó de golpe. Ella lo miró, tenía las mejillas sonrosadas y respiraba con dificultad.

Enzo percibió en los brillantes ojos de Julie la pasión contenida, y en sus labios, hinchados por aquel dominante beso, el fuego del deseo.

—Lo siento —murmuró Enzo.

Ella quiso decirle que no lo hiciera, que le gustó lo que acababan de hacer, pero no quería mostrarse desesperada. Hacía tanto que nadie la besaba con esa pasión abrasadora, es más, nunca nadie fue tan exigente como Enzo.

—Tengo que irme, no avisé que saldría —murmuró Enzo, y se puso de pie.

—Está bien —contestó ella, y, en un gesto instintivo, se llevó la mano a los labios.

Enzo la observó por unos segundos y dijo:

—Sería mejor que esto no vuelva a suceder —se pasó la mano por el cabello—. El lunes hablamos.

Ella no respondió.

Él se limitó a retirarse.

Capítulo 16

Cuando Enzo abrió la puerta, se topó de frente con la madre de Julie y su abuela. Se hizo a un lado para que pase, las saludó con educación y se fue cerrándola.

—No lo creía, Julie, de verdad que me negué a aceptar que estabas involucrada con ese hombre —le reprochó Victoria, y la miró con la decepción desbordando en sus ojos.

—¡Mamá! —murmuró ella, y agachó la cabeza. Necesitaba esconder el rastro de lo que acababa de suceder.

Quiso, con todas sus fuerzas que la tierra se la trague, pero era imposible. Solo le quedaba afrontar las consecuencias de sus decisiones.

—Mírame, Julie, ¿por qué? No puedo entenderte, me mentiste, inventaste un empleo. Resulta que eres una simple niñera, para colmo de males, de la hija del hombre que mató a tu padre...

—Él no lo mató, mamá —la interrumpió Julie. Se sorprendió por lo que acababa de decir.

—Digna hija de Oliver, una Mendoza de pies a cabeza —comentó Janeth, con la voz llena de resentimiento y le echó una mirada desagradable.

—Nadie te lo preguntó —espetó Julie, mirando con rabia a la mujer mayor.

—Resulta que no eres tan pusilánime como tu padre, tal vez tengas una pizca de los Moore en las venas.

—Lastimosamente, debe ser así, no es algo de lo que me sienta orgullosa, más bien...

—¡Basta! —gritó Victoria.

Nieta y abuela giraron sus cabezas para mirar a Victoria. Julie sorprendida, Janeth enojada.

—Lo siento mamá, fue lo único que pude conseguir, pero es temporal —explicó Julie—. Estoy ahorrando para mis estudios...

—Te ofrezco un empleo en una de mis empresas —sugirió Janeth.

—Eso me parece correcto —respondió Victoria—. Lo aceptamos.

—¡No! —gruñó Julie.

—¿Por qué no? —preguntó Victoria.

—Es que... —suspiró—. Es difícil de comprender, pero no puedo abandonar a Phoebe.

—¿O a Enzo? —inquirió Janeth, estudiando el rostro de la joven.

Julie enrojeció, se sintió patética y lamentable. Pero, más que nada, enojada, ¿quién era esa mujer? Nunca se preocupó por conocerla y ahora estaba ahí, con ese aire de superioridad moral.

—Es mejor que se vayan, no pienso trabajar para ti —murmuró Julie, y se fue a su habitación.

Se dejó caer sobre la cama y comenzó a llorar. Extrañaba a su padre. Sintió una opresión en el pecho al pensar que había traicionado su memoria. Pero aquella mujer, la que supuestamente era su abuela, no tenía derecho a juzgarla. Jamás quiso a su padre, y ahora estaba influenciando a su madre. ¿Qué la hacía comportarse con tanta crueldad? ¿Por qué odiaba tanto a su padre?

—Permiso —escuchó decir a su madre desde el umbral.

Julie se incorporó, quedando sentada en la cama y la observó, pero no respondió.

—Lo siento... —se lamentó Victoria, y tomó asiento en la cama, junto a Julie. La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Extraño a papá... —sollozó, con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Es difícil hacerse la fuerte, mientras que por dentro llevas el dolor.

—Te comprendo, Julie, no quiero que discutamos, pero no debes continuar trabajando para ese hombre...

—No voy a someterme a tu madre...

—Prefieres someterte al verdugo de tu...

—No entiendo, quiero que me expliques porque dices que el señor Novak mató a papá.

—Es lo que pasó, tú lo sabes, él lo sabe, tal vez quiere mitigar su culpa, calmar su conciencia ayudándote.

—Parecería que estás hablando de Janeth.

—La única verdad aquí es que ella es pariente, en cambio, ese...

—No voy a renunciar, soy mayor de edad y puedo tomar mis propias decisiones —afirmó Julie, incorporándose.

—Tal vez debo dejar que lo pienses, Julie, no voy a presionarte, porque sé de tu buen juicio —dijo Victoria, y se puso de pie—. Estoy segura de que tomarás la mejor decisión para todos.

—¿En qué puede afectar a Janeth o a ti que trabaje para él?

—Imagina que nuestras amistades se enteren, sería vergonzoso, Julie, una niñera, pero por favor, en qué cabeza cabe que tú hagas ese trabajo, esa es una de las razones.

—¿Las mismas amistades que nos dieron la espalda al sabernos en bancarrota? —inquirió Julie enojada.

—Es nuestro círculo...

—Era, mamá, por lo menos en mi caso, eso ya está en el pasado —replicó Julie—. Además, ningún trabajo es deshonroso, tampoco es que me esté prostituyendo.

—¡Julie! —exclamó Victoria.

—Es mi problema, y si no vas a apoyarme, es mejor que te vayas —musitó Julie, y se secó las lágrimas.

—Hija, solo quiero lo mejor para ti, en nuestra situación no podemos rechazar la ayuda que nos ofrece tu abuela...

—No la necesito, no quiero, es todo —rechazó Julie, y se acercó a la puerta.

—Está bien, no seguiré insistiendo, espero que medites sobre esto y puedas recapacitar —dijo Victoria, y caminó hasta Julie.

Intentó besar y abrazar a la joven, pero ella se apartó, por lo que se marchó.

Julie la observó hasta que Victoria desapareció en la penumbra del pasillo. Tomó aire para tranquilizarse. El ruido de la puerta abriéndose y cerrándose le advirtió que las mujeres ya se habían ido.

Enzo llegó a su casa y fue directo a su habitación, tomó una ducha e intentó aclarar sus ideas. ¿Qué había hecho? Sus acciones solo lograrían complicar la relación laboral con Julie, y él estaba muy contento con su trabajo. Julie no solo cuidaba bien a Phoebe, sino que se notaba el cariño que le tenía, eso era demasiado, mucho más de lo que podía pedir.

Suspiró y comenzó a andar por la habitación. Oliver Mendoza le había pedido ayuda, estaban intentando arreglar los problemas financieros de su empresa de manera legal. El trágico desenlace no tenía nada que ver con él, pero sabía que Julie y su madre lo culpaban por la muerte del hombre. No podían salvar todo, pero sí parte del conglomerado para que no caiga en manos de desconocidos.

Lo que Julie y su madre no sabían era que Oliver tenía una amante, una muy astuta. Había sangrado por mucho tiempo la cuenta bancaria del hombre. Mientras que él, por la belleza de la joven mujer no ponía pegas en los siderales gastos. Hasta que fue demasiado tarde, no solo había financiado una vida llena de lujos, sino que también un negocio en el que se vio involucrado sin darse cuenta. Claro que Enzo no pensaba manchar la memoria de Oliver, menos frente a su hija y esposa. George Slim sabía muy bien todo eso y le había pedido prudencia sobre el tema. La amante logró que Mendoza ponga a su hermano en un puesto alto en la empresa y podía tomar decisiones importantes. La estocada final se la dio aquella mujer, cuando lograron quedarse con

gran parte de sus negocios, desplazando al fundador y socio con tecnicismos legales. Amenazó a Oliver con una lucha en tribunales y publicidad terrible, le advirtió que se mostraría como una joven abusada a base de engaños. Sin embargo, habían descubierto que la mujer tenía otros amantes, lograron llegar a un acuerdo, solo quedaba arreglar el desastre que había hecho su hermano.

Enzo sentía que debía proteger a Julie, no pudo ayudar a Oliver, pero se encargaría de que su hija pudiera salir adelante. Por lo tanto, debía poner distancia entre ellos. A pesar de eso, no pudo evitar rememorar: el aroma de su cabellera oscura, sus grandes ojos de color avellana, descubrió que tenían un verde claro en los bordes y su sedosa piel aceitunada. Sacudió la cabeza alejando esos pensamientos. Tenía que pensar cómo lograr que ella tenga tiempo para continuar con sus estudios mientras trabajaba. Enzo se sentó frente a su escritorio, rodeado de papeles y documentos.

La luz de la lámpara iluminaba sus notas mientras trazaba un plan para ayudar a Julie. Sabía que debía ser cuidadoso, cualquier paso en falso podría empeorar las cosas. Decidió que lo primero sería hablar con el decano de la escuela de negocios. Con una donación generosa, podría asegurarse de que Julie recibiera una beca completa. No quería que ella supiera que él estaba detrás de esto; tenía que parecer una oportunidad que llegaba en el momento justo. La decisión de Julie de continuar con sus estudios significaba que no podría seguir cuidando a Phoebe. Necesitaba encontrar una solución que beneficiara a todos. Recordó el programa *au pair* y cómo podría ser la respuesta perfecta para su hija.

Capítulo 17

El lunes, Enzo se reunió con Julie para comentarle su plan.

—Julie, he estado pensando en tu decisión de estudiar —comenzó Enzo, su tono era de apoyo—. Es una excelente noticia, y quiero asegurarme de que Phoebe también esté bien atendida.

Julie asintió, agradecida por su comprensión.

—He investigado sobre el programa *au pair*, y creo que sería ideal para Phoebe —continuó Enzo, entregándole un folleto informativo—. Podríamos encontrar a alguien que se quede con nosotros, cuide de Phoebe y, al mismo tiempo, se beneficie de la experiencia cultural aquí en Nueva York.

Julie examinó el folleto, su interés evidente.

—Suenas como una solución maravillosa —dijo—. Phoebe disfrutará conocer a alguien de otro país, y yo estaría tranquila sabiendo que está en buenas manos mientras estudio.

—Exactamente —sonrió Enzo—. Y no te preocupes por nada. Me encargaré de todo. Solo quiero que te concentres en tus estudios y en tu futuro.

Julie le agradeció con una sonrisa sincera, emocionada por las posibilidades que se abrían ante ella.

—Gracias, Enzo. Realmente no sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—No necesitas agradecerme, Julie —respondió Enzo, su mirada cálida—. Eres parte de nuestra familia. Me alegra que podamos hablar sin discutir.

Con el corazón lleno de gratitud, Julie se comprometió a ayudar a Enzo a encontrar la *au pair* perfecta para Phoebe. Mientras tanto, Enzo se sentía aliviado al saber que había encontrado una manera de apoyar a Julie sin entrometerse en su camino hacia la independencia.

Y así, mientras Julie se embarcaba en su nueva aventura académica, Enzo se aseguraba de que su hija Phoebe recibiera el cuidado y la atención que necesitaba, manteniendo la armonía en su hogar y en sus vidas. Los días pasaron, Julie y Enzo evitaron hablar de lo sucedido entre ellos. Se dedicaron a buscar niñera e hicieron algunas entrevistas por *webcam*. Harriet se mostraba más amable, aunque todavía se percibía cierto recelo en su trato.

Aunque Enzo había aprendido a ser cauteloso con las mujeres, la apariencia fresca y despreocupada de Julie le resultaba atractiva. Con Hannah todo estaba claro, sin compromisos ni etiquetas, además, la naturaleza del trabajo de la joven modelo no les permitía pasar mucho tiempo juntos, y ella no estaba dispuesta a renunciar para volverse madrastra. Le había dicho a Enzo, que tenía la imagen de que las madrastras son malas y feas, y ella no quería convertirse en una.

El viernes tuvieron su última entrevista, solo quedaba decidir a cuál de las postulantes elegir. Julie había seleccionado a dos, una chica de Paraguay y otra de España. Al final se decidieron por la paraguaya, ya que había vivido en Estados Unidos, haciendo un intercambio cultural en Nueva York. Contactaron con la familia anfitriona y las referencias fueron excelentes. Hicieron los arreglos correspondientes y todo iba según lo planeado, Julie retomaría sus estudios el próximo semestre y seguiría viviendo en casa de Enzo en calidad de niñera. Al parecer no habían problemas, Harriet no estaba muy contenta, pero no puso resistencia.

El móvil de Julie sonó anunciando la entrada un mensaje, lo cogió y se sorprendió al ver que era Sebastian. La invitaba a tomar un café, pidió que acepte y que lo escuche. Ellos habían sido amigos, y estaban comenzando una relación, sin embargo, él siempre fue un poco despectivo con ella. Le gustaba criticarla por sus decisiones, su forma de vestir, de hablar, de reír. Por lo que Julie tampoco se puso triste cuando no supo más de él, en la distancia y analizando todo con la mirada que solo el tiempo puede ofrecer, se dijo a sí misma que tal vez se salvó de aguantar a un narcisista. La verdad que muchas ganas de verlo o escucharlo no tenía, pero necesitaba dejar en claro que ya no tendrían nada, que ella en ese momento tenía otros planes y que él no estaba incluido.

Entró a la cocina a prepararse un sandwich aprovechando que Phoebe estaba tomando su siesta. La música llegaba de manera apagada desde el estudio de Harriet.

«Por lo menos tiene buen gusto», pensó, mientras tarareaba *Soul Mate de Flora Cash*.

—Podrías dedicarte a la música —comentó Enzo, sorprendiendo a Julie.

—Estuve en el coro de mi escuela —respondió Julie, y sonrió recordando aquel tiempo donde la vida era más divertida y fácil.

Su móvil volvió a sonar, lo desbloqueó para ver que de nuevo era Sebastian, en su cabeza ya le había respondido, pero olvidó escribir y enviar el mensaje. Suspiró y arrugó el ceño antes de responder.

—¿Quién te pone de mal humor? —preguntó Enzo.

—Es Sebastian, vamos a tomar un café —respondió Julie, y le dio un mordisco al sándwich.

—¿Qué pasó con él? ¿Eran pareja? —preguntó Enzo con curiosidad.

—Casi, algo así —respondió Julie, mirando el sándwich.

—Entiendo, prefieres no hablar de eso —dijo Enzo, y asintió con comprensión.

—Es lo que fuimos, “un algo así”, un “casi”, nada oficial — explicó Julie, y sonrió con tristeza.

—¿Y por qué nunca se hizo oficial? —indagó él con genuino interés.

—Porque mi padre falleció y me quedé en la calle —respondió con voz temblorosa.

—Entonces, es extraño que él regrese ahora —acotó Enzo, frunciendo el ceño.

—Quizás la conciencia le pese. Hemos sido amigos desde niños, puede que no sea tan superficial como otros —reflexionó Julie con esperanza.

—¿A qué otros te refieres? —preguntó Enzo confundido.

—A mis otros “casis” —bromeó Julie.

—Ya veo —dijo Enzo, y asintió lentamente.

Julie observó divertida la confusión en el gesto de Enzo y dijo:

—Me refiero a aquellas que se decían ser mis amigas, ninguna volvió a hablarme, me ignoraron por completo. Es triste, pero ya no me afecta, no te preocupes —aclaró con fortaleza en la voz.

Enzo sintió pena, aunque Julie insistía en mostrar una fachada estoica, sabía que no estaba bien. La sola necesidad de verbalizar que no le afecta era prueba de que le costaba aceptar su nueva vida.

—¿Irás a verlo? —preguntó Enzo.

—Sí, por la tarde, en mi hora libre —respondió Julie.

—Está bien —dijo Enzo.

Julie lo miró, en realidad no estaba buscando su aprobación. Ella era libre de verse con el que le daba la gana. Él era su jefe, no su padre, ni su pareja como para tener que esperar su venia.

—Gracias por tu autorización, pero no te pregunté, solo te informé —dijo Julie, y de un salto se bajó del taburete.

—Julie, no quise autorizar nada, solo fue una expresión, que tal vez no tuve que decirla en voz alta, deja de estar a la defensiva, no soy el enemigo...

—Pero tampoco eres mi amigo...

—Un poco, sí, somos algo así...

—No eres mi “casi”, tampoco “un algo así”, solo eres mi empleador y no me alargues la lengua, porque diré cosas de las que puedo arrepentirme.

—Porque no dejas que termine de hablar, sé que no somos eso que llamas “casi”, bueno, somos “casi nada”, eso somos...

—Lo que digas —lo interrumpió—, pero de ahora en adelante solo hablaremos de trabajo, de Phoebe y la nueva niñera.

—Te ves linda cuando te enojas, aunque, como me dijiste: me confunde tu cambio de humor.

Harriet abrió la puerta de su estudio y se escuchó con más claridad la música, sonaba *Another Love* de Tom Odell.

Se quedaron mirándose por unos segundos hasta que Harriet entró a la cocina.

—Julie, si sales por la tarde, te quiero pedir que me traigas algo de la papelería, avísame, antes de irte —dijo Harriet, y fue hacia la heladera.

—Claro, te avisaré —respondió la joven sin apartar la vista de Enzo.

Harriet los observó a uno y otro, con los ojos achinados.

—¿Me he perdido de algo? —indagó preocupada.

—No tía, solo estábamos hablando sobre la *au pair*.

—Me parece una tontería, no soy una inútil, pero eres obstinado —se quejó Harriet, antes de abrir la heladera.

Julie estaba frente a la vidriera de la cafetería, observando. Sebastian ya estaba allí, sentado. Ella había llegado con un ligero retraso, pero él, fiel a su costumbre, era la puntualidad personificada. Tan impecable, que se tornaba irritante. Habían sido amigos desde la primaria y se conocían más de lo que las palabras podrían expresar. Julie siempre había sentido algo especial por él, pero nunca se había atrevido a confesarlo o demostrarlo. Sin embargo, aquella noche, donde todo cambió, habían bebido más de la cuenta. Eso era algo inaudito en Sebastian, siempre impecable, el mejor egresado, el hijo pródigo con un futuro brillante y meticulosamente planificado. Estaba destinado a ser el sucesor de su padre en la dirección de la empresa familiar y se estaba preparando concienzudamente para ello. Siempre le había dicho a Julie que necesitaba una mujer prudente, alguien que se ocupara del hogar y de los hijos, que lo acompañara a las reuniones en el mejorada de Victoria, su madre, para él.

Provenientes ambos de familias acaudaladas e influyentes, compartieron aulas y recreos desde la primaria hasta la secundaria en uno de los institutos más prestigiosos de Nueva York. Juntos vivieron momentos divertidos durante la adolescencia; en aquel entonces, Sebastian no era tan arrogante. Pero con el paso del tiempo y el avance de los años, fue intensificando su marcado carácter dominante y perfeccionista.

En su memoria seguía fresco el recuerdo de aquella noche, cuando sonaba *I Still Haven't Found What I'm Looking For* de U2. Embriagados por el exceso se sintieron liberados. Cuando se dieron cuenta la mano de Sebastian se había colado bajo el top de Julie y se deslizó sobre la suave curva de su seno. Sus cuerpos se fusionaron de tal manera que dejaron de ser dos entidades separadas para convertirse en uno solo. Las caricias sutiles hicieron que sus corazones se aceleraran, despertando un tibio anhelo que comenzó a extenderse por sus cuerpos.

Se deseaban, hacía meses que lo hacían, pero ninguno se animó a dar el primer paso, por la amistad que los unía. Sin embargo, no pudieron contener el fuego interior que los consumía y que terminó por devorar los últimos vestigios de su cordura y razón. Pero ahora, a punto de volver a hablar con él, Julie se dio cuenta de que aquella canción fue un presagio de lo que sentiría: todavía no encontraron lo que buscaban. Ella, definitivamente no sería la mujer que le doblaría las medias en perfectas pelotitas, tampoco iría a tomar el té en el club de campo con otras mujeres fingiendo hacer obras altruistas.

Ella entró a la cafetería y se dirigió a la mesa donde él la esperaba. Al verla llegar, Sebastian se levantó de inmediato, se acercó con una sonrisa y la saludó con un beso en cada mejilla.

—Gracias por venir, Julie —dijo, mientras le apartaba la silla para que se sentara.

—Claro, teníamos pendiente esta conversación —respondió ella, tomando asiento.

Sebastian volvió a su lugar frente a ella y suspiró antes de hablar.

—Sé que he actuado mal y quiero ofrecerte una disculpa sincera —confesó, mirándola a los ojos—. Por cierto, ya pedí tu Macchiato.

Julie esbozó una leve sonrisa, reconociendo su gesto.

—Siempre tan considerado —murmuró, agradecida por el detalle.

Sebastian tomó un sorbo de su café antes de continuar, buscando las palabras adecuadas.

—Julie, hay algo más que necesito decirte —comenzó, con una seriedad inusual en su voz—. Me he dado cuenta de que hay cosas que el dinero y la posición no pueden comprar, y una de esas cosas es la felicidad genuina.

Julie lo miró, sorprendida por su franqueza.

—¿A qué te refieres? —preguntó, intrigada.

—A que he vivido toda mi vida siguiendo un guión que no escribí yo. Y esa noche, contigo, fue una de las pocas veces que me sentí libre de ser quien realmente soy.

Ella asintió, comprendiendo sus palabras.

—Sebastian, siempre he sabido que hay más en ti que el heredero de una fortuna. Eres inteligente, amable y... —se detuvo, buscando la valentía para continuar—. Y un gran amigo.

Sebastian extendió su mano sobre la mesa, tomando la de Julie entre las suyas.

—Siento tanto lo de tu padre, fue un gran hombre.

Los dos se quedaron así, de la mano.

Julie miró sus manos entrelazadas y luego levantó la vista hacia Sebastian, sus ojos reflejando

una mezcla de gratitud y melancolía.

—Gracias, Sebastian. Significa mucho para mí que estés aquí —dijo con suavidad.

Sebastian asintió, apretando ligeramente la mano de Julie.

—No podía no estarlo. Tu padre fue como un segundo padre para mí. Y tú... —hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. Tú siempre has sido una parte importante de mi vida.

Hubo un silencio cómplice entre ellos, un momento de entendimiento mutuo que trascendía las palabras. Julie retiró su mano suavemente y miró a Sebastian con una expresión de tristeza.

—Sebastian, hay algo que debo decirte —empezó, y su voz temblaba ligeramente—. Aprecio todo lo que hemos compartido y lo que me has ofrecido, pero no podemos estar juntos.

Sebastian frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué? Pensé que...

—Lo sé, y lo siento —interrumpió Julie—. Pero he tenido mucho tiempo para pensar. La muerte de mi padre, quedarme sin hogar... todo eso me ha cambiado. Necesito encontrar mi propio camino, reconstruir mi vida por mí misma.

Sebastian asintió lentamente, aunque el dolor era evidente en sus ojos.

—Entiendo —dijo finalmente—. Siempre estaré aquí para ti, como amigo.

Julie le sonrió con gratitud.

—Y yo siempre valoraré nuestra amistad.

Sebastian asintió, aceptando la decisión de Julie con una mezcla de resignación y respeto. Se levantó de la mesa y le ofreció una sonrisa triste.

—Entonces, te deseo lo mejor, Julie. Siempre sabrás dónde encontrarme —dijo, antes de dar media vuelta e irse.

Julie observó cómo se alejaba, sintiendo un nudo en la garganta. Sabía que había tomado la decisión correcta para ella, pero eso no hacía que el momento fuera menos doloroso. Se quedó sentada, contemplando su café, hasta que las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

La cafetería comenzó a vaciarse, y el murmullo de las conversaciones se desvanecieron. Julie se secó las lágrimas y tomó una profunda respiración. Con determinación, se puso de pie y salió de la cafetería. Caminó por las calles de Brooklyn antes de regresar a la casa de los Novak.

Capítulo 18

La luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, bañando la habitación en tonos suaves de rosa y naranja. Phoebe, con una energía inagotable, esperaba ansiosa en su cama la llegada de Elizabeth. La puerta se abrió suavemente y apareció ella, con una sonrisa que iluminaba la habitación aún más que los primeros rayos del sol.

La niña mostró cautela al conocer a la *au pair*. Esta, supo ganarse rápidamente la confianza de la niña, pero en especial la de Harriet. Entre juegos y melodías, estableció un vínculo afectuoso con la pequeña.

—¡Buenos días, pequeña Phoebe! —saludó Elizabeth, acercándose a la cama.

Phoebe agitó sus brazos con emoción, una risa burbujeante llenando el aire. Elizabeth la levantó, abrazándola con ternura. Juntas, comenzaron el día con canciones y juegos que no solo entretenían a Phoebe sino que también estimulaban su desarrollo.

A lo largo del día, Elizabeth introdujo a Phoebe a nuevas experiencias: texturas suaves y rugosas para tocar, colores brillantes para ver, y sonidos melodiosos para escuchar. Cada nueva experiencia era una aventura, y Phoebe absorbía todo con la maravilla de quien descubre el mundo por primera vez.

Cuando llegaba la hora de la siesta, Elizabeth arrullaba a Phoebe con canciones de cuna en español, sumergiéndola en un sueño tranquilo. Era evidente que Elizabeth no solo era una cuidadora; era una maestra, una protectora, una amiga.

Con cada día que pasaba, el vínculo entre Phoebe y Elizabeth se fortalecía. Era un vínculo construido sobre la paciencia, la comprensión y, sobre todo, un amor incondicional que trascendía las barreras del lenguaje y la cultura. Phoebe había encontrado en Elizabeth una figura materna adicional, alguien que la cuidaba con la misma dedicación y cariño que Julie.

Con el paso del tiempo, Julie y Enzo descubrieron que la vida tiene una manera peculiar de tejer historias. Las tardes se convirtieron en su momento para compartir, no sólo en la crianza de Phoebe, sino también en sus propios sueños y aspiraciones.

Un atardecer, mientras Phoebe dormía plácidamente y Elizabeth se tomaba su merecido descanso, Enzo invitó a Julie a dar un paseo. El cielo se pintaba de tonos violetas y naranjas, un lienzo que reflejaba la calidez del momento.

—Julie, he estado pensando —comenzó Enzo, su voz serena rompiendo el silencio—. Todo este tiempo, has sido una luz en nuestras vidas. Tú y Elizabeth habéis traído paz y alegría a esta casa.

Julie sonrió, su corazón latiendo al ritmo de las palabras de Enzo.

—Y tú has sido muy generoso, Enzo —respondió ella—. Me has apoyado en los momentos

más difíciles y has creído en mí cuando yo misma dudaba.

Se detuvieron frente a un banco de jardín, el aroma de las flores nocturnas comenzaban a despertar.

—¿Crees que estamos listos para...? —Enzo dejó la pregunta en el aire, su mirada buscando la respuesta en los ojos de Julie.

Ella tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de él.

—Para empezar algo más que una amistad, sí, creo que estamos más que listos —afirmó Julie, su voz apenas un susurro.

Enzo la atrajo hacia sí, y en un abrazo que parecía contener todas las promesas del mañana, sus labios se encontraron en un beso que era un susurro de eternidad, sellando el comienzo de una nueva etapa en su relación. Era un beso que se convirtió muy rápido en algo más íntimo. Exploraron su conexión de manera renovada, con la sensación de que llevaban una eternidad juntos, a pesar de que solo habían pasado tres meses, sentían que se conocían desde siempre. Sus besos encendieron la llama de aquel primer encuentro, y la atracción inicial había madurado en una confianza total.

Estaban seguros de que la pasión y el mutuo descubrimiento perdurarían en el tiempo, basados en un amor auténtico. No necesitaban adornar la realidad; una sola mirada confirmaba la profundidad de lo que compartían. Se dieron cuenta de que nunca antes habían sentido tanta felicidad.

En la calidez de la cocina, donde los aromas del pasado y el presente se mezclaban, Harriet encontró a Julie preparando una taza de té. Con un suspiro, se acercó y se sentó frente a ella.

—Julie, hay algo que necesitamos hablar —comenzó Harriet, su voz firme pero teñida de una suavidad inusual—. Es sobre tu abuela Janeth y yo.

Julie dejó la tetera a un lado, y centró su atención en Harriet.

—Te escucho —respondió Julie, con cautela.

—Trabajamos juntas hace años —Harriet asintió, recordando—. Yo era chef en su restaurante. Ambas teníamos visiones diferentes, y eso nos llevó a un conflicto... uno que nunca resolvimos.

Julie escuchaba, su corazón latiendo al ritmo de la historia que nunca había escuchado.

—El punto de ruptura llegó cuando decidí dejar el restaurante para abrir mi propio establecimiento, llevando conmigo a algunos de los clientes más importantes. Janeth vio esto como una traición, y la rivalidad entre los dos restaurantes se intensificó. —Hizo un corto silencio antes de continuar—. Con el tiempo, el restaurante ganó reconocimiento, pero la amargura entre las dos nunca se disipó. Cuando llegaste, y me enteré de que eras la nieta de

Janeth, los recuerdos de aquellos días de competencia resurgieron, y con ellos, los prejuicios hacia ti y tu familia.

—Comprendo, Harriet, y te agradezco que me lo hayas contado. Yo no soy como mi abuela, ni siquiera me permite llamarla así —dijo Julie, evidentemente afectada.

—Pero quiero que sepas, Julie, que lo que pasó entre Janeth y yo no afecta cómo te veo a ti —continuó Harriet, buscando los ojos de Julie—. Eres diferente, y has traído mucha alegría a esta casa.

Julie asintió, agradecida por las palabras de Harriet.

—Y hay algo más —dijo Harriet, su tono cambiando a uno más serio—. Enzo es como un hijo para mí, y Phoebe... Ella es la luz de nuestras vidas. Te pido, Julie, que no los decepciones. Ellos te han abierto su corazón.

—No lo haré, Harriet —Julie tomó la mano de anciana entre las suyas—. Amo a Enzo y a Phoebe más de lo que las palabras pueden expresar. Serán mi prioridad siempre.

Harriet sintió que se deshizo de un pesado equipaje. En ese momento, las dos mujeres compartieron un entendimiento silencioso, una promesa no dicha de cuidar a los que más amaban.

Max llegó a la casa de Enzo para una visita sorpresa. Con una botella de vino en mano y una sonrisa amistosa, tocó la puerta, esperando compartir un momento agradable con su amigo. Elizabeth, quien había salido a recoger el correo, abrió la puerta y sus ojos se encontraron.

La sorpresa se dibujó en los rostros de Max y Elizabeth al reconocerse. Años atrás, sus caminos se habían cruzado

—Buenas tardes —saludó desconcertada Elizabeth, con su acento paraguayo dándole un toque musical a sus palabras.

—Elizabeth, ¿eres tú? —preguntó Max, con la voz teñida de incredulidad.

—Max, ¿no puedo creerlo! —exclamó Elizabeth, igualmente sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

El recuerdo de lo que habían compartido, volvió a ellos con una claridad sorprendente. La vida los llevó por rumbos distintos, hasta este inesperado reencuentro.

—Vine a visitar a Enzo, es mi amigo —respondió Max, aún asimilando la coincidencia—. Pero nunca imaginé encontrarte aquí.

—Y yo tomé la decisión de viajar, buscando nuevas experiencias, y aquí estoy —dijo Elizabeth.

Ambos se dieron cuenta de que, a pesar del tiempo y la distancia, la conexión que habían

forjado no desapareció.

Elizabeth asintió y lo invitó a pasar, guiándolo a través del vestíbulo adornado con fotografías de la familia y dibujos de Phoebe. Mientras caminaban hacia el jardín, donde Enzo, Julie y Harriet disfrutaban de la serenidad del atardecer, Max no pudo evitar notar la gracia con la que Elizabeth se movía, su presencia llenando la casa de una energía cálida y reconfortante.

Al llegar al jardín, Enzo se levantó de su asiento, sorprendido y encantado de ver a su amigo.

—¡Max! Qué sorpresa tan agradable, ¿cómo has estado? —exclamó Enzo, dándole un fuerte abrazo.

Max presentó la botella de vino como regalo, y juntos decidieron abrirlo para celebrar el encuentro. Elizabeth, con discreción, se excusó para atender a Phoebe. Sin embargo, la mirada que intercambiaron con Max fue suficiente para dejar una impresión duradera en ambos.

Mientras la noche caía y las estrellas comenzaban a brillar, Max y Elizabeth encontraron momentos para conversar.

El teléfono de Julie vibró sobre la mesa del jardín. Al ver el nombre de su madre en la pantalla, sintió una mezcla de anticipación y nerviosismo. Contestó la llamada, su corazón latiendo un poco más rápido de lo normal.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —preguntó Julie, intentando mantener la calma en su voz y se alejó un poco para hablar.

—Julie, cariño, necesito que vengas, no me siento bien, además —la voz de su madre sonaba tensa, pero controlada—, hay asuntos de los que debemos hablar, y es mejor hacerlo en persona.

Julie sintió un nudo en el estómago. Le preocupaba su mamá y nunca había visitado la mansión de Janeth.

—Está bien, mamá. Estaré allí en una hora —respondió, su mente ya corriendo a través de posibles escenarios.

Colgó el teléfono y se tomó un momento para respirar profundamente. Miró hacia donde Enzo jugaba con Phoebe, ajeno a la llamada que acababa de cambiar el curso de la tarde. Julie sabía que lo que sea que la esperaba en la mansión de Janeth, lo enfrentaría con la fuerza que había cultivado en los últimos tiempos.

Se puso de pie, determinada, y le avisó a Enzo que iría a ver a su mamá.

La mansión Moor estaba envuelta en un silencio sepulcral cuando Julie cruzó el umbral. La figura imponente de Janeth la esperaba, sentada en su silla de respaldo alto, como una reina en su trono. La tensión entre ellas era palpable; años de distanciamiento y desdén no se disipan con facilidad.

—Julie, siéntate —ordenó Janeth con una voz que no admitía réplica.

Julie obedeció, aunque cada fibra de su ser se resistía. La abuela que nunca la había querido ahora la miraba con ojos calculadores, como si evaluara el impacto de sus próximas palabras.

—Tu madre fue una tonta al casarse con Oliver Mendoza —comenzó Janeth, su tono frío como el acero—. Y tú, una consecuencia de ese error que preferí ignorar. Pero hay verdades que debes conocer, por el bien de nuestro apellido.

Julie sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. ¿Qué secretos guardaba esta mujer que tanto había rechazado a su propia sangre?

—Oliver tenía una amante —reveló Janeth, observando cómo la noticia golpeaba a Julie—. Esa mujer lo arruinó, y tanto George Slim como Enzo Novak lo sabían. Lo encubrieron, protegiendo sus propios intereses.

La traición y la corrupción se entrelazaban en la historia de su padre, y Julie luchaba por procesarlo todo.

—¿Estás sugiriendo que Enzo...? —Julie no pudo terminar la pregunta, la idea de que Enzo pudiera estar involucrado en algo tan sórdido era demasiado para asimilar.

—No seas ingenua —escupió Janeth—. Enzo se aprovechó de la situación. Estoy segura de que él y George maniobraron para quedarse con parte de la empresa de tu padre. No confíes en ellos.

Las palabras de Janeth eran como veneno, inyectando dudas y sospechas en el corazón de Julie. ¿Podía ser verdad? ¿El hombre que la había ayudado, que le había ofrecido un trabajo cuando más lo necesitaba, tenía segundas intenciones?

—¿Por qué debería creerte? —preguntó Julie, su voz temblorosa pero desafiante.

—Porque, a pesar de todo, soy tu familia —respondió Janeth, y por un momento, un atisbo de genuina preocupación se asomó en su mirada—. Y porque no quiero que los errores de tu madre se repitan en ti.

Julie se levantó, las emociones se agitaban dentro de ella como un mar tormentoso. Necesitaba respuestas, y solo había una forma de conseguirlas.

—Gracias por la información —dijo, su tono formal y distante—. Haré mis propias investigaciones.

Al salir de la mansión, Julie sabía que su mundo estaba a punto de cambiar. La verdad sobre Enzo, sobre su padre, sobre ella misma, estaba en algún lugar allí fuera, y estaba decidida a descubrirla, sin importar el costo.

Con el corazón palpitante y la mente inundada de dudas, Julie caminó por las calles empedradas que la alejaban de la mansión Moor. Las palabras de Janeth resonaban en su cabeza,

cada revelación era como una espina clavada en su confianza. La imagen de Enzo, el hombre que había mostrado tanta bondad hacia ella, ahora estaba teñida de sospecha.

Julie sabía que no podía dejar que las semillas de la duda germinaran sin buscar la verdad por sí misma. Decidida, se dirigió a la única persona que creía que podría tener las respuestas: George Slim, el abogado de la familia y amigo cercano de su padre.

Al llegar a la casa de George, las palabras salieron de ella como una avalancha.

—Janeth me lo ha dicho, George, necesito saberlo todo sobre la amante de mi padre, sobre la quiebra, sobre Enzo y tú —exigió Julie, su voz firme a pesar del temblor interno.

George la miró, sus ojos revelando un destello de sorpresa antes de ser reemplazados por una calma profesional.

—Julie, tu padre cometió errores, eso es cierto. Pero lo que tu abuela te ha dicho... —George hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. No todo es como parece.

—¿Qué quieres decir? —Julie se inclinó hacia adelante, y su mirada en la de George.

—Enzo y yo hicimos lo que pudimos para salvar lo que quedaba de la empresa de tu padre. La amante... ella jugó un papel en su caída, pero no fue la única responsable. Y Enzo... él nunca se aprovechó de la situación. De hecho, ha estado tratando de reparar el daño desde entonces.

Las palabras de George ofrecieron un contrapunto a las acusaciones de Janeth, y Julie se sintió dividida entre dos versiones de una historia que parecía no tener fin.

—Necesito pruebas, George. Necesito algo concreto —insistió Julie.

George asintió y abrió un cajón, sacando una carpeta llena de documentos.

—Aquí tienes. Todo lo que se hizo para salvar la empresa, los movimientos financieros, los acuerdos... y la verdad sobre Enzo Novak.

Julie tomó la carpeta con manos temblorosas, sabiendo que las respuestas que tanto buscaba estaban al alcance de su mano. Con un agradecimiento silencioso, salió de la oficina y se dirigió a un lugar tranquilo para absorber la información.

Las piezas del rompecabezas finalmente encajaban, y una sola verdad brillaba ante ella: Enzo había sido un aliado, no un enemigo. Las acciones de su padre y la amante habían sido la causa de la caída, pero Enzo había luchado para mantener a flote lo que quedaba, incluso a costa de su propio beneficio.

Fortalecida y con la mente clara, Julie sabía lo que tenía que hacer. Era hora de enfrentar a Enzo, no con acusaciones, sino con una mente abierta y un corazón dispuesto a escuchar. Era hora de cerrar las heridas del pasado y tal vez, solo tal vez, construir algo nuevo juntos.

Capítulo 19

Con los documentos en mano, Julie se dirigió a la casa de Enzo. La noche había caído, y las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas distantes. Al llegar, encontró a Enzo en el jardín, observando cómo Phoebe jugaba en su corralito bajo la atenta mirada de Elizabeth.

—Enzo —llamó Julie, su voz más firme de lo que se sentía.

Él se giró, sorprendido.

—Julie, ¿qué sucede? —preguntó, notando la seriedad de su expresión.

—Necesitamos hablar —dijo ella, extendiendo la carpeta hacia él—. Sobre mi padre, sobre la empresa... sobre nosotros.

Enzo asintió, guiándola hacia el interior de la casa. Sentados en el salón, con los documentos esparcidos sobre la mesa de café, Julie comenzó a relatar todo lo que había descubierto, todo lo que George le había revelado.

—Entonces, ¿crees en mí? —preguntó Enzo después de escucharla, y buscó su mirada.

—Sí —respondió Julie, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que un peso se levantaba de sus hombros—. Lo siento por haber dudado de ti.

Enzo ofreció una sonrisa comprensiva.

—No tienes que disculparte. Las circunstancias eran... complicadas —dijo, su tono suave.

—¿Y ahora? —preguntó Julie, con una chispa de esperanza en su voz.

—Ahora trabajamos juntos para reconstruir lo que se perdió y asegurarnos de que tengas el futuro que te mereces —respondió Enzo, extendiendo su mano hacia ella.

Julie aceptó su mano, y un cosquilleo recorrió su cuerpo en un dulce recordatorio de su conexión. Enzo la envolvió en sus brazos y la besó con una ternura que pronto se transformó en pasión. Ella correspondió con certeza y fervor, aferrándose a él como si pudiera fundirse en su ser. Incapaces de saciarse, se entregaron a un beso que avivó la llama de su deseo. En silencio, él la guió a su habitación, aprovechando la quietud de la casa sumida en el sueño.

Enzo quería cerrar su historia con Hannah, al final, ella había sido una buena amiga y se merecía respeto y consideración. La citó en una discreta cafetería, donde el aroma del café recién hecho se mezclaba con el murmullo de conversaciones ajenas, Enzo esperaba con una mezcla de anticipación y nerviosismo. Hannah había regresado de un largo viaje por Europa y, tras meses de silencio, había llamado a Enzo para encontrarse.

Cuando Hannah entró, la familiaridad de su presencia trajo consigo un torrente de recuerdos. Se saludaron con un abrazo que contenía tanto el confort del pasado como la incertidumbre del presente.

—Hannah, es bueno verte —dijo Enzo, su voz reveló una calma cuidadosamente mantenida.

Se sentaron y, entre sorbos de café, compartieron historias de sus viajes y experiencias. Pero había una conversación más importante que Enzo necesitaba tener.

—Hannah, desde que te fuiste, muchas cosas han cambiado —comenzó Enzo, eligiendo sus palabras con cuidado—. He conocido a alguien, y... es algo serio.

Hannah lo miró, y en sus ojos había una comprensión que precedía a las palabras.

—Ya veo —dijo suavemente—. Siempre supe que este día llegaría. Y estoy feliz por ti, realmente lo estoy.

—Siempre valoraré lo que tuvimos, y te agradezco por todo. —Enzo extendió su mano, y Hannah la tomó, como gesto de amistad y cierre.

—Y yo a ti, Enzo. Siempre tendrás un lugar especial en mi corazón —afirmó Hannah—. Pero ahora es tiempo de nuevos comienzos, para ambos.

Con una última sonrisa y un cálido abrazo, se despidieron, sabiendo que aunque sus caminos se separaban, los recuerdos compartidos permanecerán. Enzo se alejó del café con el corazón ligero, listo para abrazar el futuro con Julie, mientras Hannah miraba por la ventana, contemplando su propio horizonte de posibilidades.

Julie estaba feliz, tenía muy buenas noticias para Clara y no quiso esperar al fin de semana para contarle todas las buenas nuevas. Fue a visitarla, se encontraban en la cocina iluminada por la suave luz de la mañana, rodeadas de los dulces aromas de la pastelería casera. Clara, con las manos aún espolvoreadas de harina, miraba a Julie con una mezcla de gratitud y esperanza.

—Clara, ¿recuerdas cuando llegamos aquí, a este departamento que George nos prestó? —preguntó Julie, ofreciéndole una taza de café.

—Sí, cómo olvidarlo —respondió Clara, con la voz temblorosa—. Fue en uno de mis momentos más difíciles, pero me sentí acogida.

Julie sonrió, recordando esos primeros días de incertidumbre y el consuelo que encontraron en su mutua compañía.

—Bueno, tengo noticias que podrían cambiar todo para ti —dijo Julie, con su sonrisa creciendo—. George ha decidido invertir en tu pastelería. Quiere que tengas tu propio local.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas, no de tristeza, sino de un gozo abrumador.

—¿En serio? —susurró, casi sin atreverse a creerlo.

—Sí, Clara. Él cree en ti, en tu talento. Todos lo hacemos —afirmó Julie, tomando las manos de Clara entre las suyas—. Es tu momento de brillar, de compartir tu pasión con el mundo.

Clara asintió, las palabras se le escaparon en un suspiro de alivio y alegría.

—No sé cómo agradecerles —dijo Clara, su corazón lleno de gratitud—. Esta es la oportunidad que he soñado desde que era una niña.

—No tienes que agradecernos, Clara —respondió Julie—. Tú has sido una luz en nuestras vidas, especialmente en los momentos oscuros. Esto es lo menos que podemos hacer.

Con un abrazo que sellaba su amistad y gratitud. Julie, con una sonrisa que no podía ocultar, miró a Clara y dijo:

—Hay algo más que quiero compartir contigo. Enzo y yo... hemos comenzado una relación. Es algo que nunca esperé, pero ha sido la mejor sorpresa de mi vida.

Clara, con los ojos brillantes de felicidad, respondió:

—Julie, eso es maravilloso. Siempre supe que había algo especial entre ustedes dos. Enzo es un hombre bueno, y tú mereces toda la felicidad del mundo.

Julie asintió, estaba muy emocionada.

—Gracias, Clara. Significa mucho para mí tener tu apoyo. Enzo y Phoebe son mi mundo ahora, y quiero hacer todo lo posible para construir una vida juntos.

—Tienes que hablar con tu mamá, Julie, ella no quiere nada malo para ti —dijo Clara, con auténtica preocupación.

—Lo haré, no te preocupes, solo necesito tiempo —respondió Julie, y dejó un dulce beso en la frente de Clara.

Las dos mujeres se abrazaron, uniendo sus sueños y esperanzas en ese gesto. La cocina, llena de la promesa de nuevos comienzos, se convirtió en testigo del lazo que se fortalecía entre ellas, un lazo tejido con amor, amistad y la dulzura de los pastelitos que Clara horneaba con tanto cariño.

Clara tenía razón, Julie tenía que arreglar las cosas con su madre, por lo que la llamó y se pusieron de acuerdo en encontrarse. El corazón verde de Brooklyn, el Prospect Park se convirtió en el escenario de reconciliación entre Julie y su madre, Victoria. Rodeadas por la naturaleza vibrante y el bullicio de las familias disfrutando del día, encontraron un banco aislado, un pequeño refugio de calma.

—Mamá, he estado pensando mucho sobre nosotras últimamente —comenzó Julie, su voz

temblaba ligeramente con la carga emocional—. Quiero reparar nuestra relación. No hay resentimiento que valga la pena mantener entre nosotras.

Victoria, con los ojos reflejando la profundidad de su amor maternal, asintió, animando a Julie a continuar.

—Y hay algo más que necesitas saber —Julie tomó una respiración profunda, fortaleciéndose con la belleza del parque que las rodeaba—. Enzo y yo estamos juntos ahora. Él y Phoebe... se han convertido en algo muy importante para mí.

La sorpresa inicial de Victoria dio paso a una sonrisa cálida y comprensiva.

—Julie, siempre he querido lo mejor para ti, y si Enzo te hace feliz, eso es lo único que importa —respondió Victoria, extendiendo su mano para cubrir la de Julie—. Y en cuanto a nosotras, siempre hay un camino de vuelta a casa, siempre hay una manera de sanar.

En ese banco de Prospect Park, madre e hija compartieron un abrazo, uniendo sus corazones en un nuevo comienzo. El parque, con su eterna promesa de renovación, fue testigo del renacimiento de su relación y del amor que Julie había encontrado. Era un momento de paz y esperanza, un broche perfecto para las luchas pasadas y un preludio para los días felices por venir.

Epílogo

Enzo guió a Julie bajo la luz de las estrellas. La noche estaba tranquila, solo el suave murmullo de las hojas y el distante parpadeo de las luces de la ciudad los acompañaban.

—Julie, hay algo que quiero preguntarte —dijo Enzo, con la voz llena de emoción.

Se detuvieron junto al rosal de Harriet. Enzo se arrodilló, con la mirada fija en Julie, y sacó una pequeña caja de su bolsillo.

—Desde que entraste en mi vida, todo ha cambiado para mejor —continuó Enzo, abriendo la caja para revelar un anillo delicado—. Julie, ¿quieres casarte conmigo?

Julie parpadeó las lágrimas de alegría y soltó una risa entre sorprendida y encantada.

—¿Casarme contigo? ¡Vaya, eso es un “casi todo”! —exclamó con una sonrisa juguetona—. ¡Por supuesto que sí, Enzo! ¡Y que conste que espero que este “casi todo” incluya desayuno en la cama! —respondió ella, con la voz llena de emoción y un toque de humor.

—Te llevaré el desayuno a la cama, pero el “casi”, se elimina, seremos “todo”.

Enzo deslizó el anillo en su dedo, y se levantó para abrazarla. El jardín, testigo de su amor, parecía celebrar con ellos, y en ese momento, prometieron construir un futuro juntos, lleno de amor y felicidad.

—Quiero hacerte el amor, Julie —murmuró Enzo, y la abrazó.

—Y yo quiero que me lo hagas —susurró ella, depositando un apasionado beso en los labios de él.

Las semanas pasaron y el día de la boda llegó. decidieron hacer algo íntimo. Aunque Janeth intentó meter mano en el asunto, ofreciendo hacerse cargo de los gastos de una recepción por todo lo algo en el mejor lugar de Nueva York.

Enzo y Julie se pusieron firmes, solo los más allegados serían invitados. *Prospect Park Picnic House* fue el escenario perfecto para la recepción. Mientras el sol se ponía, tiñendo el cielo con tonos de rosa y naranja, la boda de Julie y Enzo se llenaba de risas y música. Pero un momento tranquilo capturó la atención de todos: Janeth Moor, la abuela de Julie, se levantó y pidió la palabra. Con la voz temblorosa, pero clara, habló desde el corazón:

—He cometido muchos errores en mi vida, y uno de los mayores ha sido alejarme de mi familia por orgullo y necesidad. Ahora, al final de mis días, me doy cuenta de que Julie y Victoria son lo más importante para mí. Les pido perdón a ambas y también a Harriet, con la esperanza de que podamos sanar las heridas del pasado.

Las lágrimas fluyeron libremente entre los invitados, y Julie corrió hacia su abuela, abrazándola con fuerza. Victoria se unió a ellas, y en ese abrazo, tres generaciones de mujeres se reconciliaron.

La fiesta de boda continuó con un espíritu renovado de unidad y amor. La música resonó más dulce, y las risas eran más alegres, sabiendo que la familia estaba completa.

Cuando la noche cayó Julie miró a Enzo con una sonrisa pícaro en los labios. Él se acercó a ella y la envolvió en un tibio abrazo.

—¿Quedaría mal si nos retiramos? —susurró Julie en su oído.

—Un poco, pero...

—Si no quieres que te saque a rastras, sin importarme la concurrencia, no te acerques a mí, y mucho menos abrazarme de esta manera —le dijo Julie al oído.

—Creo que nadie va a extrañarnos, se irán cuando se acabe la bebida —dijo Enzo, y se retiraron a la intimidad de su nueva vida juntos. Les esperaba una fantástica luna de miel, que también serían las primeras vacaciones de Enzo en mucho tiempo.

La pobre Phoebe quedó a merced de Harriet y su nueva abuela postiza, Victoria, por supuesto que Janeth estaría revoloteando por la casa de los Novak. Pero confiaban en Elizabeth, que se había convertido en parte de la familia y supo domar a la bestia con mucho tacto. Todos estaban interesados en hablar de Paraguay y conocer su cultura. El que más interés tenía, aunque intentaba disimularlo, era Max. Fue advertido, y juró por la amistad y el cariño hacia Enzo, que mantendría las distancias con la niñera.

En la tranquilidad de una habitación del mejor hotel de Nueva York, Julie y Enzo se prometieron amor eterno, sabiendo que, con el apoyo de su familia, enfrentarían juntos todos los desafíos y alegrías que les deparará el futuro.

Y así, el epílogo de su historia no era un final, sino el comienzo de una vida llena de promesas, con la bendición de aquellos que más amaban. Era el inicio de un viaje que recorrerán juntos, con la certeza de que, pase lo que pase, el amor y la familia prevalecerán.

About The Author

Charlize Clarke



Nació el 07 de diciembre de 1977 en la ciudad de Encarnación-Paraguay. Licenciada en administración de empresas, asesora de tesis en ciencias económicas y administrativas, ama de casa, madre y escritora. Fue encargada del departamento de Extensión Universitaria de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Nacional Itapúa. Actualmente además de escribir, se desempeña como diagramadora y diseñadora de portadas de libros para las editoriales: El Lector, VLM Ediciones y Parnasus Editorial. En el año 2022 inauguró la librería “Enya Libros & Café” en su ciudad natal, con la intención de dar apoyo y visibilidad a autores nacionales. Forma parte de EPA (Escritoras Paraguayas Asociadas) y la SEP (Sociedad de Escritores del Paraguay). Empezó a compartir sus escritos en el año 2017 bajo el seudónimo de Charlize Clarke en diversas plataformas de lectura y escritura. Desde el año 2019 autopublica en Amazon. Sus obras se enmarcan en el género romántico, fantasía histórica y romance contemporáneo, aunque es una ávida lectora que disfruta de leer otros géneros.

Sus libros; Pasión de fuego, Ardiente Deseo y Drake Ragon, de la saga Highlanders y Dragones, se encuentran a la venta en Amazon. Con la editorial digital Selecta, del grupo Penguin Random House, tiene publicados: Un Caballero Imperfecto y Hasta que me pidas. Incursionó en el romance de época con la novela Siempre hacia ti que forma parte de la serie Las flores de Devonhill, disponible tanto en Amazon como en formato físico gracias a la editorial paraguaya Arandurã.

También ha participado, con relatos y una carta, de las antologías de EPA (Escritoras Paraguayas Asociadas): Memorias y escritos de Verano - Poesía y Prosa, Memorias y escritos de Otoño/Invierno - Poesía y Prosa, 25 años Escribiendo Juntas – Poesía y Prosa.